
SATANÁS Y SU OBRA

Cardenal Jorge A. Medina Estévez

HUMANITAS

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA Y CULTURA CRISTIANAS



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE



JULIO 2010

HUMANITAS

Revista de Antropología y Cultura Cristianas

Publicación trimestral de la Pontificia Universidad Católica de Chile

La revista HUMANITAS nace de la conveniencia de que la Universidad disponga para el servicio de la comunidad universitaria y de la opinión pública en general, de un órgano de pensamiento y estudio que busque reflejar las preocupaciones y enseñanzas del Magisterio Pontificio (Decreto Rectoría N° 147/95, visto 2°).

DIRECTOR

Jaime Antúnez Aldunate

COMITÉ EDITORIAL

Hernán Corral Talciani

Samuel Fernández Eyzaguirre

Gabriel Guarda, O.S.B.

René Millar Carvacho

Pedro Morandé Court

Ricardo Riesco Jaramillo

Francisco Rosende Ramírez

Juan de Dios Vial Correa

Juan de Dios Vial Larráin

Arturo Yrarrázaval Covarrubias

SECRETARÍA DE REDACCIÓN

Marta Irarrázaval Zegers

CONSEJO DE CONSULTORES

Y COLABORADORES

Presidente Honorario: S.E.R. Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Héctor Aguer, Anselmo Álvarez O.S.B., Carl Anderson, Andrés Arteaga, Francisca Alessandri, Antonio Amado, Felipe Bacarreza, Jean-Louis Bruguès O.P., Rocco Buttiglione, Massimo Borghesi, Carlos Francisco Cáceres, Cardenal Carlo Caffarra, Cardenal Antonio Cañizares, Jorge Cauas Lama, Guzmán Carriquiry, William E. Carroll, Alberto Caturelli, Cesare Cavalleri, Fernando Chomalí, Francisco Claro, Nicolás Cruz, Ricardo Couyoumdjian, Carlos Cousiño, Mario Correa Bascuñán, Francesco D'Agostino, Adriano Dell'Asta, Vittorio di Girolamo, Carlos José Errázuriz, José María Eyzaguirre, Luis Fernando Figari, Alfredo García Quesada, Juan Ignacio González, Stanislaw Grygiel, Gonzalo Ibáñez Santa-María, Raúl Hasbun, Henri Hude, José Miguel Ibáñez, Raúl Irarrázabal, Paul Johnson, Ricardo Krebs, Jean Laffitte, Nikolaus Lobkowitz, Alfonso López Quintás, Alejandro Llano, Raúl Madrid, Javier Martínez Fernández, Carlos Ignacio Massini Correas, Mauro Matthei O.S.B., Cardenal Jorge Medina, Augusto Merino, Dominic Milroy O.S.B., Antonio Moreno Casamitjana, Fernando Moreno Valencia, José Miguel Oriol, Máximo Pacheco Gómez, Francisco Petrillo, O.M.D., Bernardino Piñera, Aquilino Polaino-Lorente, Cardenal Paul Poupard, Javier Prades, Héctor Riesle, Florián Rodero L.C., Alejandro San Francisco, Romano Scalfi, Cardenal Angelo Scola, David L. Schindler, Josef Seifert, Gisela Silva Encina, Robert Spaemann, Paulina Taboada, William Thayer Arteaga, Olga Ulianova, Luis Vargas Saavedra, Miguel Ángel Velasco, Juan Velarde Fuertes, Aníbal Vial, Pilar Vigil, Diego Yuuki S.J.



*El Cardenal
Jorge A. Medina Estévez*

Índice

CUADERNO HUMANITAS N° 22

I. INTRODUCCIÓN	3
II. LOS NOMBRES DE SATANÁS	7
III. UN TEXTO QUE MERECE ATENCIÓN	18
IV. ALGUNOS DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA	21
V. LA INTRODUCCIÓN GENERAL AL RITUAL DE LOS EXORCISMOS	26
VI. ¿QUIÉNES SON Y CÓMO SON SATANÁS Y LOS DEMONIOS?	28
VII. ¿CÓMO ALGUNOS ÁNGELES PECARON Y SE CONVIRTIERON EN DEMONIOS?	35
VIII. LAS TENTACIONES	39
IX. ¿CÓMO DEFENDERNOS Y CÓMO SUPERAR LAS TENTACIONES?	53
X. LA POSESIÓN DIABÓLICA	59
XI. OTRAS FORMAS DE LA ACCIÓN DE SATANÁS	64
XII. CONCLUSIÓN	67



*León en capitel
de la Abadía
de Cluny.
(Borgoña,
Francia. Siglo XI)*

Internet

H U M A N I T A S E N I N T E R N E T

En orden a facilitar el contacto con nuestros lectores y eventuales suscriptores, se pueden consultar los contenidos de este y de los anteriores números de *Humanitas* en Internet. Dicha información se entrega por medio de resúmenes de cada uno de los trabajos publicados.

www.humanitas.cl

HUMANITAS
*quince años sirviendo
al encuentro de la fe y la cultura*

HUMANITAS (ISSN 07172168) recoge los trabajos de sus colaboradores regulares, nacionales y extranjeros. Asimismo, de otros autores cuya temática resulta afín con los objetivos de esta publicación. Toda reproducción total o parcial de los artículos publicados por HUMANITAS requiere de la correspondiente autorización, a excepción de comentarios o citas que se hagan de los mismos.

Suscripciones y correspondencia: HUMANITAS, Centro de Extensión de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, 3^{er} piso, Santiago, Chile.
Teléfono (562) 354 6519, Fax (562) 354 3755, E-mail: humanitas@uc.cl

Suscripción anual, \$26.000; estudiantes, \$16.000. Valor por ejemplar, \$7.000.

Introducción

El objetivo de estas páginas es el de ayudar a los fieles católicos, a otros cristianos, y a personas que no lo son pero que se interesan por las enseñanzas de la Iglesia, a comprender el verdadero sentido de la doctrina sobre Satanás y sus secuaces.

Tropezamos, en este intento, con diversas dificultades.

La primera consiste en que ha sido frecuente el usar la figura de Satanás como un recurso de mala pedagogía para «asustar» a quienes se conducen mal y lograr, por la vía del temor, que se enmienden. Pero ese «temor» se procura no como ante una realidad, sino como una amenaza que, en quien la induce, tiene poco de verdad y sí mucho de un expediente fácil, acerca del cual el mismo que recurre a ella no demuestra estar muy convencido de su existencia.

La segunda estriba en que la representación plástica de Satanás, que es un ser espiritual e incorpóreo, ha sido revestida, por artistas cristianos y no cristianos, con apariencias terroríficas y monstruosas, sin duda con la sana intención de provocar el rechazo y la repugnancia de quien mira esas imágenes. Como ejemplos se pueden citar algunos pintores

clásicos de la escuela flamenca, las admirables ilustraciones de Gustavo Doré a la Divina Comedia del Dante, así como diversas pinturas de la época colonial latinoamericana, realizadas con finalidades catequísticas y que aún se pueden ver en antiguas casas de Ejercicios espirituales. *Esas imágenes espantosas y repugnantes no son sino un pálido reflejo de los terribles efectos que puede producir en las almas de los hombres la influencia corruptora del demonio.*

La tercera nace de un concepto de la acción de Satanás desvinculada de la maldad objetiva de los actos personales, y concebida como un poder autónomo, amenazante y arbitrario, que se cierne sobre las personas a través de maleficios que se podrían anular o esquivar por medio de artes mágicas, sin relación alguna con la corrección moral de quien supone ser objeto de asechanzas diabólicas.

Este pequeño escrito no tiene otra pretensión que la de poner al alcance de los fieles la doctrina de la Iglesia católica en esta materia, y hacerlo en forma asequible incluso para quienes no tienen una formación especializada en teología.

De lo recién dicho fluye el equívoco de desvincular la acción de Satanás del pecado, que es exactamente lo contrario de la salvación, de la gracia y de la divinización o deificación del ser humano. *Sin excluir la posibilidad de que Satanás pueda realizar acciones negativas y perjudiciales en el mundo material, su intención principal es obstaculizar los designios de Dios de darnos la salvación por medio de su Hijo, Jesucristo, frustrarlos o al menos aminorarlos. En forma directa o indirecta, la acción de Satanás es la anti-salvación.* Es importante tenerlo en cuenta, pues es un elemento clave para comprenderla y ponderar debidamente su relevancia.

Ha sido frecuente el usar la figura de Satanás como un recurso de mala pedagogía para «asustar» a quienes se conducen mal y lograr, por la vía del temor, que se enmienden. Pero ese «temor» se procura no como ante una realidad, sino como una amenaza que, en quien la induce, tiene poco de verdad y sí mucho de un expediente fácil, acerca del cual el mismo que recurre a ella no demuestra estar muy convencido de su existencia.

Como somos seres de carne y hueso, no podemos prescindir de imágenes sensoriales a la hora de adquirir conocimientos, pero es preciso comprender que las imágenes materiales nos deben conducir a captar realidades mucho más profundas: las realidades espirituales que son mucho más densas, tanto en lo positivo como en lo negativo, que aquello de lo que tenemos una experiencia sensible. No podemos ni debemos prescindir de lo que percibimos a través de los sentidos, pero es necesario trascenderlo para poder llegar a las realidades más hondas.

Este pequeño escrito no tiene otra pretensión que la de poner al alcance de los fieles la doctrina de la Iglesia católica en esta materia, y hacerlo en forma asequible incluso para quienes no tienen una formación especializada en teología. Por tal motivo las fuentes serán, como es natural, las Sagradas Escrituras, leídas en el surco de la Tradición católica, los textos litúrgicos que expresan la fe de la Iglesia, y los pronunciamientos del Magisterio que garantizan la correcta comprensión de los contenidos de los Libros Santos. Si

alguien preguntara a qué género de escritos pertenecen estas cuartillas, se le podría decir que cuadran más bien con el tipo catequístico.

No pretendo hacer que el lector vea «endemoniados» en todas partes, pero no deseo tampoco inducir a un falso optimismo que olvide la más dura de las frases de la Sagrada Escritura, cuando el Apóstol San Juan dice: «sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en el Maligno» (1 Jn 5, 19). Otros traducen «yace» por «está bajo el poder», o por «pertenece». La palabra 'mundo' tiene en las Sagradas Escrituras varios sentidos y en ciertas ocasiones posee una connotación claramente



«Sed sobrios, estad alerta, que vuestro enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar; resistidle fuertes en la fe». (1P 5, 8 - 9)

negativa: lo que es ajeno o incluso contrario a los designios de Dios. En todo caso, la afirmación es muy grave y la realidad no la desmiente: la mentira generalizada; las violencias de todo tipo; la idolatría del dinero, con las consecuencias que están a la vista; el asesinato, cada año, de millones de creaturas en el vientre de sus madres, con la complicidad de las autoridades y de las legislaciones; el desenfreno en el ejercicio de la sexualidad; la corrupción en el manejo de los bienes públicos y privados; el socavamiento de la institución familiar a través de la legalización del divorcio, de la protección legal a las uniones de hecho e

La representación plástica de Satanás, que es un ser espiritual e incorpóreo, ha sido revestida, por artistas cristianos y no cristianos, con apariencias terroríficas y monstruosas, sin duda con la sana intención de provocar el rechazo y la repugnancia de quien mira esas imágenes. (...) Esas imágenes espantosas y repugnantes no son sino un pálido reflejo de los terribles efectos que puede producir en las almas de los hombres la influencia corruptora del demonio.

incluso a las de personas homosexuales; la persecución religiosa; las diversas formas de tiranías, ante las cuales se calla porque quienes las ejercitan son poderosos; el silenciamiento de Dios y de su santa ley. Existe en el mundo, por la gracia de Dios, mucho bien que es fruto de la redención de Cristo y hay muchos testimonios de fe, de coherencia con el Evangelio e incluso de acciones heroicas: es justo reconocerlo y alabar a Dios y darle gracias por ello. Pero sería una gran ingenuidad ignorar la pavorosa presencia del mal, fruto de la acción, directa o indirecta, del Maligno.

Es bueno tener muy presente que la lucha contra Satanás recorre toda la historia de la salvación, a partir del relato del primer pecado, cometido a instigación del demonio (ver Gen 3, 1-19) hasta el anuncio profético del Apocalipsis, en que el dragón infernal, viéndose derrotado, «se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de la mujer, contra los que guardan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús» (Apc 12, 17). Pero esa lucha no tiene un resultado incierto: la descendencia de

la mujer, es decir Jesucristo, aplastará la cabeza del demonio (ver Gen 3, 15b), y a su victoria están asociados, por la gracia de la redención, sus discípulos, que forman parte de la descendencia de la Mujer, es decir de María, la madre inmaculada de Jesús, ajena a todo pecado y prenda de la perpetua enemistad entre la humanidad y el espíritu de las tinieblas (ver Gen 3, 15a).

Los Evangelios atestiguan que Jesús tenía poder para expulsar demonios y que lo ejerció (ver, p. ej. Mt 9, 24.33; 12, 22- 28; Mc 1, 23s; 3, 23-26;

16, 9; Lc 4, 33-36; 8, 26-39; 11, 19; etc.) e incluso cuando elige a los doce apóstoles, lo hace «para que lo acompañaran, y para enviarlos a predicar, con poder para expulsar demonios» (Mc 3, 14s). Existe, pues, una correlación entre el anuncio del Evangelio y la lucha contra el poder de Satanás, como la hay entre la Verdad, que es Cristo, y el desenmascaramiento de la mentira, que es la obra del Maligno, así como entre el Reino de Dios y la derrota del príncipe de este mundo que pretende obstaculizar el triunfo de la verdad que nos conduce a la libertad (ver Jn 8, 32). San Pablo expulsó un demonio que hacía adivinar a una mujer esclava (ver Hech 16, 15-18). En la liturgia bautismal de los primeros siglos, los exorcismos ocupaban un lugar importante, e incluso aparecen hasta hoy día en el ritual de la iniciación cristiana. Todo ello subraya tanto la existencia de Satanás, como la necesidad de luchar contra sus permanentes asechanzas.

Me parecen iluminadoras las palabras del Obispo de León, Mons. Julián López Martín, en la «Presentación» de la edición oficial en lengua castellana, publicada por la Conferencia de los Obispos de España, del *Ritual de los exorcismos*: «Este libro litúrgico, como todos los demás, obedece a una realidad de la fe católica, en concreto, la existencia de Satanás y de los demás espíritus malignos, que realizan su acción alejando a los hombres del camino de la salvación, sirviéndose del engaño, la mentira y la confusión».

Una dificultad para la comprensión de la verdadera doctrina sobre Satanás nace de un concepto de su acción desvinculada de la maldad objetiva de los actos personales, y concebida como un poder autónomo, amenazante y arbitrario, que se cierne sobre las personas a través de maleficios que se podrían anular o esquivar por medio de artes mágicas, sin relación alguna con la corrección moral de quien supone ser objeto de asechanzas diabólicas.

II. Los nombres de Satanás

Es frecuente, en el uso bíblico, que el nombre dado a una persona tenga que ver con sus características o con su accionar. Por eso parece conveniente hacer un elenco de los nombres que se dan a Satanás en las Sagradas Escrituras, indicando alguno o algunos de los lugares en que tal o cual nombre aparece.

Satanás (Apc 12, 9; Job 1, 6ss);

Diablo (Apc 12, 9; Jn 8, 44);

Demonio (Mt 7, 22; Mc 1, 34; Lc 4, 41);

Legión (Mc 5, 9);

Príncipe de este mundo (Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11);

Príncipe de los demonios (Mt 9, 34; 12, 24; Mc 3, 22; Lc 15, 15);
Beelzebub (Mt 10, 25; 12, 27; Mc 3, 22; Lc 11, 15.18s);
Mentiroso (Jn 8, 44; 1 Jn 2, 22);
Padre de la mentira (Jn 8, 44);
Pecador desde el principio (1 Jn 3, 8);
Tentador (Mt 4, 3; 1 Tes 3, 5);
Maligno o Malo (Mt 5, 37; Jn 17, 15; 1 Jn 5, 18s; Ef 6, 16);
Espíritus malignos (Hech 19, 12s; Mt 12, 45; Lc 7, 21; Ef 6, 12);
Espíritus inmundos o impuros (Mt 12, 43; Mc 1, 26; 9, 24; Lc 9, 42);
Homicida desde el principio (Jn 8, 44);
Señor de la muerte (Hebr 2, 14);

Dragón (Apc 12, 9);
Serpiente antigua (Apc 12, 9; ver Gen 3, 1ss);
Belial (2 Cor 6, 15);
Enemigo o Adversario (Mt 13, 39; Zac 3, 1s);
Dios de este mundo (2 Cor 4, 4);
Poder de las tinieblas (Lc 22, 53; Col 1, 13);
Seductor del mundo entero (Apc 12, 9);
Ángel de Satanás (2 Cor 12, 7).
Acusador (Sal 109, 6; Apc 12, 10).

Se puede afirmar que en el Nuevo Testamento hay por lo menos unas ciento sesenta referencias a Satanás, bajo diversos nombres. (...) La abundancia de estos «nombres» significa que el tema no es banal y que el Espíritu Santo, al inspirar a los autores de los Libros Sagrados, quiso que los cristianos de todos los tiempos tuvieran presente tanto la realidad como la acción, ambas nefastas, del Maligno.

Sin pretender una completa exactitud, se puede afirmar que en el Nuevo Testamento hay por lo menos unas ciento sesenta referencias a Satanás, bajo diversos nombres. El nombre más empleado es el de «demonio», en singular o plural, y aparece aproximadamente unas cien veces. El nombre de «diablo» aparece no menos de treinta y seis veces y otras tantas el nombre de «Satanás». El calificativo de «malo» o «maligno» se encuentra no menos de diez veces, y unas ocho veces el de «espíritus malignos».

La abundancia de estos «nombres» significa que el tema no es banal y que el Espíritu Santo, al inspirar a los autores de los Libros Sagrados, quiso que los cristianos de todos los tiempos tuvieran presente tanto la realidad como la acción, ambas nefastas, del Maligno.

Los veinticinco «nombres» que se han enumerado contienen, muchos de ellos, una referencia a realidades conocidas por nuestra experiencia cotidiana o por nuestro bagaje cultural, y que sirven, analógicamen-

te, para poder aproximarnos al conocimiento del misterio del mal y de su autor, Satanás. Es bueno tener presente que aquí la expresión «nombres» se toma en un sentido amplio, ciertamente más amplio que el que le damos en el uso corriente, cuando el «nombre» equivale a la identificación de una persona, en tal forma que el «nombre» es único. Aquí muchas veces los «nombres» equivalen a características, sobre todo, de la acción.

Así como un camino, y muy tradicional por lo demás, para conocer a Jesucristo, el Hijo de Dios y nuestro Salvador, es el de conocer y explicar los nombres de Cristo, como lo hizo magistralmente en el siglo XVI el clásico de la lengua castellana fray Luis de León,

así parece una vía apropiada para conocer al Maligno analizar brevemente los nombres, o al menos algunos de aquellos con que se refieren a él las Sagradas Escrituras. *Satanás* significa *adversario, enemigo, acusador*. El Maligno es el adversario de Dios, el que se opone a sus proyectos, el que trata de destruir o subvertir el buen orden que el Creador puso en su obra y especialmente en lo que se refiere a sus designios de salvación con respecto a la humanidad, caída por el pecado pero redimida por la acción salvífica del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor. En el libro de Job, Satanás descarga sobre el personaje central, toda suerte de desgracias, con el propósito de inducirlo a que se rebele contra Dios y rechace sus designios, sin lograrlo (ver Job 1, 6ss).

Diablo es una palabra cuyo contenido es muy semejante a Satanás: *acusador, detractor, uno que se atraviesa, que estorba, que pone tropiezos*. En la Sagrada Escritura se le atribuyen desgracias y enfermedades, algunas de estas últimas identificables hoy día con dolencias psíquicas o neurológicas.

Legión es el nombre que se dan a sí mismos los numerosos demonios que poseían al endemoniado de Gerasa y con este calificativo expresaban que eran muy *numerosos* (ver Mc 5, 9). En otros textos también se hace referencia a la *pluralidad* de los espíritus malignos (ver Mc 1, 34; 6, 13; 16, 9; Apc 12, 7s).

Príncipe de este mundo alude al poder que el Maligno ejercita en la sociedad, infiltrando en ella antivalores y obteniendo que los hombres

Satanás significa adversario, enemigo, acusador. El Maligno es el adversario de Dios, el que se opone a sus proyectos, el que trata de destruir o subvertir el buen orden que el Creador puso en su obra y especialmente en lo que se refiere a sus designios de salvación con respecto a la humanidad, caída por el pecado pero redimida por la acción salvífica del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo nuestro Señor.



«Existe una correlación entre el anuncio del Evangelio y la lucha contra el poder de Satanás, como la hay entre la Verdad, que es Cristo, y el desenmascaramiento de la mentira, que es la obra del Maligno, así como entre el Reino de Dios y la derrota del príncipe de este mundo que pretende obstaculizar el triunfo de la verdad que nos conduce a la libertad (ver Jn 8, 32)». (Detalle del tímpano en la iglesia de la Abadía de San Salvador de Leyre, Navarra. España. Siglo XI).

rechacen los designios de Dios y construyan las relaciones sociales prescindiendo de Él e incluso contrariando su voluntad. Este «nombre» está relacionado con la afirmación de San Juan de que «el mundo entero yace en el Maligno» (1 Jn 5, 19) y es vecino a la expresión *dios de este mundo* (2 Cor 4, 4), la que implica que Satanás logra que haya hombres que sustituyan a Dios por otras realidades. De ahí las diferentes y variadas formas de *idolatría* que esclavizan a la humanidad.

Príncipe de los demonios es el nombre que se da a quien es la cabeza o jefe de los espíritus malignos; suele ser equivalente, en tal sentido, a *Satanás* y *Beelzebub*.

Beelzebub es una expresión que en la literatura rabínica tiene un sentido extremadamente despectivo e incluso burlesco, y relacionado con la idolatría: *Señor del estiércol*.

Mentiroso es, se puede decir, la característica más típica de la acción del Maligno. Y lo subraya en forma enfática el nombre de *Padre de la mentira*. Hay especialmente dos ocasiones en que Satanás actúa como el gran mentiroso: en la tentación a los primeros padres, en el Edén, cuando les sugiere que Dios es un embaucador y un envidioso (ver Gen 3, 1ss), y cuando tienta al propio Jesús, ofreciéndole lo que no le pertenece, a cambio de que Él le tribute un homenaje de adoración (ver Mt 4, 1ss; Mc 1, 12s; Lc 4, 1-13). Este atributo del demonio, y de los demonios, explica la razón profunda de por qué es el enemigo de Jesucristo: el Señor es la Verdad (Jn 14, 6). La mentira es vecina a la confusión, al engaño y al culto de las apariencias.

Pecador desde el principio es un nombre que alude a la rebelión original que puso a los demonios en radical oposición a Dios, rechazo en el cual perseveran y continuarán perseverando para siempre. Y como los demonios son pecadores, proyectan su malicia induciendo a los hombres a pecar a través de diversas y variadas tentaciones. Por el pecado el hombre usa mal de su libertad y cae en la esclavitud de Satanás (ver Jn 8, 31-44).

Tentador es un calificativo que explica la permanente acción de los espíritus malignos: inducir a los hombres, generalmente a través del engaño, a apartarse de los caminos de Dios. En una u otra forma, el demonio ofrece felicidad y alegría allí donde no se las puede encon-

Príncipe de este mundo alude al poder que el Maligno ejercita en la sociedad, infiltrando en ella antivales y obteniendo que los hombres rechacen los designios de Dios y construyan las relaciones sociales prescindiendo de Él e incluso contrariando su voluntad. (...)

trar. El cristiano debe estar precavido ante la tentación y la primera precaución es la de conocer la voluntad de Dios a través de su Palabra y, enseguida, orar a Dios para que su gracia nos fortalezca ante las insidias del demonio. Dos textos del Nuevo Testamento son aleccionadores en cuanto al Tentador: el de San Pedro que nos lo presenta como «un león rugiente que busca a quien devorar» y a quien hay que resistir con la firmeza de la fe, es decir de la verdad (ver 1 Ped 5, 8), y el de San Pablo, cuando describe la vida cristiana como una lucha contra las insidias del diablo (ver Ef 6, 10ss). Aunque la tentación es un hecho frecuente en la vida humana, y que proviene, directa o indirectamente, del Maligno, «fiel es Dios –dice San Pablo– que no permitirá

(...) Este «nombre» está relacionado con la afirmación de San Juan de que «el mundo entero yace en el Maligno» (1 Jn 5, 19) y es vecino a la expresión dios de este mundo (2 Cor 4, 4), la que implica que Satanás logra que haya hombres que sustituyan a Dios por otras realidades. De ahí las diferentes y variadas formas de idolatría que esclavizan a la humanidad.

que ustedes sean tentados por sobre sus fuerzas; antes bien dispondrá que, con la prueba, haya modo de que la puedan resistir» (1 Cor 10, 13). «Tentar» es poner a prueba, medir las fuerzas de alguien con el propósito o al menos con la esperanza de poder vencerlo. En el caso de Satanás, la tentación es un intento de inducir al pecado, es decir, que el hombre se rebele contra Dios. La audacia increíble de Satanás como tentador se demostró en el hecho de que osara tentar al mismo Jesucristo. No todas las tentaciones provienen directamente del demonio: algunas proceden del entorno que nos rodea, de lo que en diversos lugares del Nuevo Testamento se denomina «el mundo», en la medida en que está bajo la influencia de Satanás; otras provienen de nuestra propia naturaleza herida y debilitada por el pecado;

otras tienen su origen en acciones de personas que, con mayor o menor conciencia de lo que hacen, nos inducen a pecar con sus malos ejemplos o sirven de cómplices a nuestras acciones pecaminosas.

Maligno, Malo o *Malvado* es una expresión ambivalente porque puede entenderse como atributo o nombre personal, o bien como un significado abstracto: «el mal». Filosóficamente hablando «el mal» no tiene una naturaleza propia: no es «algo», sino que consiste en la ausencia de un bien que determinado ser debiera poseer. Así, es un mal *físico* el hecho de que una persona carezca de una pierna o de un ojo, pero no es un mal en un ser humano carecer de alas. En el campo *moral* una acción es «mala» porque carece de la coherencia debida con la naturaleza

humana: porque su objetivo es deforme, porque la finalidad con que se realiza es incorrecta, o porque las circunstancias en las que el acto se realiza son inapropiadas. De manera que no existe un «mal absoluto», sino una realidad que, teniendo un sustrato de bien, está afectada por una «carencia», un «defecto» o una «deformidad» que la hacen adquirir una connotación negativa. El demonio, y los demonios, no son «males absolutos», sino seres que tienen una raíz de bien –su propia existencia–, recibida de Dios, pero radicalmente distorsionada por un acto libre que los colocó irrevocablemente en una posición de rebelión contra Él. En las Sagradas Escrituras el demonio es llamado *el Maligno* en el sentido de que su acción tiende a apartar al hombre de los designios de Dios y a hacerlo partícipe de su rebelión. Cuando Jesús nos invita a pedir al Padre que «nos libre del Mal» (Mt 6, 13), se está refiriendo, en primer lugar, a que su gracia nos preserve de caer bajo el influjo de Satanás, que es incompatible con la salvación.

Espíritus malignos es una expresión que pone de relieve la naturaleza inmaterial de los demonios. Nos cuesta, a causa de nuestra condición corporal, hacernos una idea de lo que son los «espíritus» y nos servimos para aproximarnos a ella de realidades «que no se ven», como son el aire, el viento, el aliento y las energías. Pero esas realidades también son materiales y se las puede comprobar e incluso medir con diversos instrumentos físicos. Un «espíritu» es un ser inmaterial, simple en su naturaleza, indivisible porque no tiene partes, y que no depende de la materia ni en su naturaleza ni en su accionar. Los espíritus tienen capacidad de saber y entender, y asimismo de realizar actos de voluntad. Sin embargo, los espíritus creados, como son los ángeles y los demonios, siendo simples en su naturaleza, no poseen la absoluta simplicidad, que es un atributo exclusivo de Dios.

Espíritus inmundos o *impuros* son palabras que indican suciedad, manchas, falta de transparencia, algo que provoca desagrado o asco. No es «impureza» solamente lo que constituye un desorden en el campo de la sexualidad, sino todo lo que no es «limpio», recto, coherente, genuino. Y es inundo lo que es torcido, manchado, opaco. «Impuro» es lo que es indigno de Dios y no puede serle ofrecido. En el fondo la «inmundicia» y

El demonio, y los demonios, no son «males absolutos» sino seres que tienen una raíz de bien –su propia existencia–, recibida de Dios, pero radicalmente distorsionada por un acto libre que los colocó irrevocablemente en una posición de rebelión contra Él. En las Sagradas Escrituras el demonio es llamado el Maligno en el sentido de que su acción tiende a apartar al hombre de los designios de Dios y a hacerlo partícipe de su rebelión.

la «impureza» son lo contrario de la Verdad de cada ser, verdad que es la coherencia con la propia naturaleza y con el destino que Dios ha impreso en la naturaleza de los seres puramente espirituales y en el hombre. No es superfluo recordar aquí la categoría de la «luz», tan importante sobre todo en el vocabulario de San Juan (Jn 1, 4s.7-9; 3, 19; 8, 12; etc.).

Homicida desde el principio es un calificativo que tiene que ver con el pecado que, cometido por los primeros padres a instigación de Satanás, condujo a la humanidad a la muerte: «así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres...» (Rom 5, 12). Pero también el pecado es

considerado como una enfermedad e incluso como una cierta «muerte» del alma. El padre misericordioso de la parábola, al acoger al hijo perdulario, le explica al hermano envidioso que el hijo que regresa luego de una vida disoluta y se reintegra a la casa paterna «estaba muerto y ha vuelto a la vida» (Lc 15, 32). Tiene que ver con este duro calificativo de «homicida desde el principio» la severa advertencia de Jesús acerca de quienes causan escándalo, especialmente a los pequeños: «es inevitable que haya escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel por quien vengan! Mejor le fuera que le atasen al cuello una piedra de molino y le arrojasen al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños» (Lc 17, 1s). La muerte física es, a los ojos de Jesús, una desgracia harto más pequeña que la de inducir a otro a ofender a Dios.

Señor de la muerte es una expresión que se encuentra sólo una vez, en la Carta a los Hebreos (2, 14), y su significado es muy semejante al de «homicida desde el principio». En el libro del Apocalipsis se denomina «la muerte segunda» el estado definitivo de quienes rechazaron a Dios (ver Apc 20, 14).

Serpiente antigua es una imagen relacionada con la tentación a los primeros padres en el paraíso, en la que el demonio se presenta bajo la apariencia de una culebra. El Libro Santo destaca, como característica del tentador, su astucia, es decir, su habilidad para engañar y, a través del engaño, la capacidad de seducir (ver Gen 3, 1.13). Las serpientes, muchas de las cuales poseen venenos letales, son consideradas como reptiles sumamente peligrosos cuya agresión puede causar la muerte. En un sentido espiritual el

La doctrina sobre el demonio no debe considerarse como un «cuerpo autónomo», independiente de todo el acervo de la fe, sino que es una parte de él, estrechamente unida a la doctrina sobre la creación, sobre el pecado, sobre la redención realizada por Cristo, sobre el sentido de la vida cristiana, sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia, y sobre la bienaventuranza eterna que es el destino final de los hombres.

pecado es una forma de muerte, puesto que se opone a la gracia deificante en la que consiste, a la luz de la fe, la Vida verdadera.

Belial es una palabra que evoca una maldad muy grande. Es un nombre que identifica al diablo en su calidad de adversario de Cristo y de su obra salvadora (ver 2 Cor 6, 15).

Enemigo o *Adversario* es el calificativo que el mismo Jesús aplica al diablo en la parábola del trigo y la cizaña (ver Mt 13, 1-30). El contexto es la obra de Dios destinada a un buen resultado y a la que Satanás se opone. Una advertencia, pues, para no imaginar que el camino de la vida cristiana se desenvuelve sin oposiciones y eso vale tanto para la vida personal como para la de la comunidad eclesial.

Dios de este mundo es una expresión que sugiere el altísimo grado de nefasta influencia que Satanás ejerce en la comunidad humana, la que en diversas formas acepta y rinde culto a antivalores, es decir, a conductas reñidas con la verdad de la naturaleza humana y con la voluntad de Dios. Esta influencia puede llegar, y de hecho ha llegado, hasta el punto de desencadenar la persecución violenta a los cristianos, exigiéndoles la apostasía como precio para poder conservar la vida corporal. Hoy día, bajo el pretexto de evitar toda discriminación, se pretende que la Iglesia reconozca como legítimas y morales, conductas que contradicen al Evangelio. La palabra «dios» en esta expresión paulina revela el grado de sumisión que Satanás y sus secuaces exigen de quienes, con mayor o menor conciencia, se prestan a colaborar con sus designios de antisalvación. Esta sumisión, conforme a las estrategias diabólicas, no se verifica siempre en forma explícita, sino con frecuencia a través de opciones antievangélicas que se justifican con argumentos especiosos en los cuales, naturalmente, están ausentes Dios y su divina voluntad. Para el cristiano ninguna adhesión, ni a personas, ni a autoridades, puede ser incondicional: sólo Dios merece la incondicionalidad, como sólo Él puede ser objeto de adoración. Pero Satanás continúa pretendiendo adoración a través de la adhesión a lo que constituye menosprecio y rechazo de Dios mismo y de su voluntad. Incluso llega a inducir a algunas personas a la extrema perversión de rendirle homenaje como si fuera un Dios, a través de los cultos satánicos.

Sin la existencia y la acción de Satanás no se comprendería la doctrina del pecado original ni la de los pecados personales, no se comprendería el sentido de la Redención ni la eventualidad de la reprobación eterna.



«Tentador es un calificativo que explica la permanente acción de los espíritus malignos: inducir a los hombres, generalmente a través del engaño, a apartarse de los caminos de Dios. En una u otra forma, el demonio ofrece felicidad y alegría allí donde no se las puede encontrar. El cristiano debe estar precavido ante la tentación y la primera precaución es la de conocer la voluntad de Dios a través de su Palabra y, enseguida, orar a Dios para que su gracia nos fortalezca ante las insidias del demonio. Dos textos del Nuevo Testamento son aleccionadores en cuanto al Tentador: el de San Pedro que nos lo presenta como «un león rugiente que busca a quien devorar» y a quien hay que resistir con la firmeza de la fe, es decir de la verdad (ver 1 Ped 5, 8), y el de San Pablo, cuando describe la vida cristiana como una lucha contra las insidias del diablo (ver Ef 6, 10ss)». (Capitel de la nave de Anzy-le-Duc, Saône-et-Loire, Francia).

Poder de las tinieblas es una fórmula que apunta, por una parte, a la fuerza del influjo satánico, y, por otra, a la oscuridad que rodea su acción. La oscuridad es un entorno propicio para la confusión, para no distinguir los perfiles de las cosas y para equivocarse en la apreciación de las reales dimensiones de un objeto, así como de su color y calidad. En el lenguaje común, el adjetivo «tenebroso» tiene una connotación muy peyorativa que incluye inmoralidad, falta de transparencia e incluso una intencionalidad torcida, todo ello cubierto con un manto de secreto. Para el cristiano, las tinieblas son lo opuesto de la luz. Así como la luz está íntimamente relacionada con la verdad, así las tinieblas tienen una estrecha relación con la mentira, el engaño y la confusión. La expresión «poder de las tinieblas» subraya, nuevamente, la falsedad y el engaño, como las armas preferidas de Satanás, y las que más éxitos le reportan. Son muchos los textos del Nuevo Testamento en los que la luz es sinónimo de la vida cristiana, así como las tinieblas lo son del pecado (ver p. ej. 1 Tes 5, 5; Ef 5, 8; 2 Cor 6, 14; Mt 4, 16; Jn 1, 5; 3, 19; etc.). El nombre de «luz» es uno de los nombres de Cristo, sus discípulos son los «hijos de la luz», en tanto que los que están bajo el poder de Satanás son hijos de las tinieblas. No es superfluo recordar aquí que la categoría de la «luz» es importante sobre todo en el vocabulario de San Juan (ver Jn 1, 4.5.8.9; 3, 19; 8, 12, etc.).

Lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado, no es un defecto de la infinita misericordia divina, sino el carácter irrevocable de su elección. 'No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte' (San Juan Damasceno).

Este largo recorrido acerca de los «nombres» del demonio es muy aleccionador porque nos va permitiendo descubrir, a la luz de la Palabra de Dios, las características del ser diabólico y de su acción. ¿Quién podría, luego de leer estos textos de las Sagradas Escrituras, poner en duda la existencia de los espíritus malignos y de su nefasta acción sobre los hombres?

Tengamos presente las palabras del propio Jesús: «¡Simón, Simón! Satanás os busca para sacudiros como se hace con el trigo. Pero Yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, fortalece a tus hermanos» (Lc 22, 31s). Palabras de severa advertencia y, al mismo tiempo, de confianza en la definitiva victoria del Señor y de su gracia. Complementémoslas con las de San Pedro: «Sean sobrios y estén alertas, porque el adversario de ustedes, el diablo, anda ron-

dando, como un león rugiente, buscando a quien devorar. Resístanle firmes en la fe, considerando que los hermanos de ustedes, esparcidos por el mundo, soportan las mismas pruebas. Y el Dios de toda gracia, que los llamó en Cristo a su gloria eterna, después de un breve padecer, los perfeccionará y afirmará, los fortalecerá y los consolidará. ¡A Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén!» (1 Ped 5, 8-11). Será muy útil recordar las palabras de la Carta de San Pablo a los Efesios: «No es nuestra *lucha* contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de las alturas. Tomen, pues, la armadura de Dios, para que puedan resistir en el día malo y, vencido todo, se mantengan firmes. Estén, pues, *alerta*, ceñidos sus lomos con la *verdad*, revestidos con la coraza de la *justicia* y calzados los pies, prontos para *anunciar* el evangelio de la paz. Embracen *en todo momento* el escudo de la *fe*, con el que puedan apagar los dardos ardientes del enemigo. Tomen el yelmo de la salvación y la espada del espíritu que es la *Palabra de Dios*, con toda suerte de oraciones y plegarias, *orando* en todo tiempo en espíritu, y para ello *velando* con toda *perseverancia* y súplica por todos los santos...» (Ef 6, 12-18). Y sin olvidar, por cierto, las palabras del Apocalipsis que enseñan que el demonio, luego de su infructuoso ataque contra la misteriosa Mujer y su Hijo, «se fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús» (Apc 12, 17). El triunfo, sin embargo, pertenece a Jesucristo: ‘¡Ánimo, Yo he vencido al mundo!’ (Jn 16, 33).

El poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser un espíritu puro, pero sólo criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios.

III. Un texto que merece atención

El 22 de noviembre de 1998, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, promulgaba, con la aprobación del Siervo de Dios Juan Pablo II, de santa memoria, el nuevo *Ritual de los exorcismos* que venía a poner al día el texto anterior, publicado hacía algunos siglos.

Ese nuevo Ritual incluye un *Proemio*, parte integrante de ese libro litúrgico, que es un apretado resumen de la doctrina bíblica sobre Satanás.

Es muy interesante leerlo porque, perteneciendo a un libro litúrgico oficial y aprobado por la autoridad del Romano Pontífice, constituye una expresión auténtica de la fe de la Iglesia.

He aquí el texto:

A lo largo de la historia de la salvación, aparecen criaturas angélicas, unas al servicio del plan divino y que proporcionan una ayuda poderosa y misteriosa a la Iglesia, y otras, caídas, llamadas también diabólicas, las cuales, opuestas a Dios y a su obra y voluntad salvíficas cumplidas en Cristo, intentan asociar al hombre a su propia rebeldía contra Dios.

En la Sagrada Escritura, el Diablo y los demonios son denominados de diversas formas, alguna de las cuales hace alusión en cierto modo a su naturaleza y a su actividad. El Diablo, que es llamado Satanás, serpiente primordial y dragón, él mismo es quien seduce a todo el mundo y hace la guerra a aquellos que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús (ver Apc 12, 9.17). Se le designa como 'enemigo de los hombres' (1 Ped 5, 8) y 'homicida desde el principio' (ver Jn 8, 44), pues hizo que por el pecado el hombre quedara sometido a la muerte. Porque con sus insidias provoca al hombre para que desobedezca a Dios, aquel Malvado es llamado Tentador (ver Mt 4, 3 y 26, 36-44), 'mentiroso' y 'padre de la mentira' (ver Jn 8, 44), que obra astuta y falsamente, como se ve en la seducción de nuestros primeros padres (ver Gen 3, 4.13) y en el intento de que Jesús se desviara de la misión que había recibido del Padre (ver Mt 4, 1-11; Mc 1, 13; Lc 4, 1-13) y, por último, cuando toma la apariencia de ángel de luz (ver 2 Cor 11, 14). Se le llama también 'príncipe de este mundo' (ver Jn 12, 31; 14, 30), es decir del mundo que yace enteramente bajo el poder del Maligno (ver 1 Jn 5, 19) y no conoce la Luz verdadera (ver Jn 1, 9s). Finalmente, su fuerza se manifiesta como 'poder de las tinieblas', puesto que odia la Luz, que es Cristo, y arrastra a los hombres hacia sus propias tinieblas. Por su parte, los demonios, aquellos que juntamente con el Diablo no respetaron la hegemonía de Dios (ver Jud 6), se hicieron réprobos (ver 2 Ped 2, 4) y son los 'espíritus del mal' (ver Ef 6, 12), espíritus creados que pecaron y son llamados 'ángeles de Satanás' (ver Mt 25, 41; 2 Cor 12, 7; Apc 12, 7.9), lo que puede significar también que les ha sido confiada una misión por su maligno príncipe.

Aunque Satán actúe en el mundo contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia, que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El hecho de que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero 'nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que lo aman' (Rom 8, 28).

Las obras de todos estos espíritus inmundos, perversos y seductores (ver Mt 10, 1; Mc 5,8; Lc 6, 18; 11, 26; Hech 8, 7; 1 Tim 4, 1; Apc 18, 2) son destruidas por la victoria del Hijo de Dios (ver 1 Jn 3, 8). Aunque «una ardua lucha contra los poderes de las tinieblas penetra toda la historia humana» y «se prolongará... hasta el último día» (Concilio Vaticano II, GS n. 37), Cristo, por medio del misterio pascual de su muerte y su resurrección, nos ha «arrancado de la esclavitud del diablo y del pecado» (ibid. n. 22), destruyendo su poder y liberando todas las cosas de los contagios malignos. En efecto, puesto que la acción dañina y adversaria del Diablo y de los demonios, se ejercita sobre personas, cosas y lugares y se manifiesta en diversas formas, la

Iglesia, siempre consciente de que «corren malos tiempos» (Ef 5, 16), ha orado y ora para que los hombres sean liberados de las insidias del diablo».

«El Señor que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas, también os protege y os guarda contra la tentación del diablo que os combate, a fin de que no os sorprenda el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta. Quien confía en Dios, no tema al demonio. 'Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?' (Rom 8, 31)' (San Ambrosio)».

Este valioso texto, que constituye, por así decirlo, el marco doctrinal para que fieles y pastores encaren la realidad de la presencia y acción de Satanás, no se refiere solamente al ejercicio de los exorcismos, sino, en forma más general, a las variadas formas con que el 'Adversario' trata de impedir y desvirtuar la acción salvadora de Jesucristo, sobre todo a través del pecado y sus consecuencias. En el fondo, el intento del Maligno es impedir que «vivamos para Dios» (ver Rom 14, 8), como lo expresa esta apretada y exigente fórmula paulina, válida para todo cristiano en virtud de la consagración bautismal y, en consecuencia, del llamado o vocación universales a la santidad.

Si bien es cierto que el sacramento de la Penitencia o Reconciliación es la vía ordinaria para obtener el perdón de nuestros pecados y la reparación de sus efectos, no es menos cierto que la participación, no sólo física sino real y espiritual, en el Sacrificio Eucarístico nos incorpora en la adoración «en espíritu y en verdad» (ver Jn 4, 23s) de Cristo al Padre y con la fuerza poderosa de su gracia nos «re-centra», de modo que ya no sea el «hombre viejo» quien dé la identidad a nuestra vida, sino que *no seamos ya nosotros los que vivimos, sino que sea Cristo quien viva en nosotros* (ver Gal 2, 20).

IV. Algunos documentos del Magisterio de la Iglesia

En diversas épocas la autoridad de la Iglesia, a la vez doctrinal y pastoral, encomendada por Jesús a los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y en forma particular al Obispo de Roma, sucesor del Apóstol San Pedro, ha estimado que era su deber, para el bien de los fieles, reafirmar y clarificar la doctrina católica acerca de los espíritus malignos. Esta doctrina no debe considerarse como un «cuerpo autónomo», independiente de todo el acervo de la fe, sino que es una parte de él, estrechamente unida a la doctrina sobre la creación, sobre el pecado, sobre la redención realizada por Cristo, sobre el sentido de la vida cristiana, sobre la naturaleza y la misión de la Iglesia, y sobre la bienaventuranza eterna que es el destino final de los hombres. Sin la existencia y la acción de Satanás no se comprendería la doctrina del pecado original ni la de los pecados personales, no se comprendería el sentido de la Redención ni la eventualidad de la reprobación eterna.

Un documento, bastante antiguo pero no por ello menos relevante, se encuentra en las definiciones del Concilio IV de Letrán, celebrado en Roma el año 1215, y dice así:

Dios «es el único principio de todo el universo, creador de todas las cosas visibles e invisibles, espirituales y materiales, que con su fuerza omnipotente creó de la nada, desde el principio del tiempo, ambos órdenes de criaturas: el orden espiritual y el material, es decir los ángeles y el mundo terrenal, y, luego, al hombre, partícipe de uno y otro mundo, compuesto de alma y cuerpo. En efecto, el diablo y los otros demonios fueron creados por Dios naturalmente buenos, pero por sí mismos se transformaron en malvados. Enseñada el hombre pecó por sugestión del demonio» (ver Denz n. 800). Esta enseñanza subraya que el demonio es una *criatura espiritual*, cuyo origen está en Dios, pero cuya maldad no proviene de Él, sino de su propia elección.

Encontramos también en el Concilio Vaticano II, en la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, promulgada el 7 de diciembre de 1965, algunas enseñanzas magisteriales sobre el demonio. Helas aquí:

Nº 13: «Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por insti-

Los espíritus creados, ángeles y demonios, no poseen la simplicidad absoluta de Dios. El espíritu angélico no posee una simultaneidad semejante a la de Dios: hay en ellos un «antes» y un «después» y por lo tanto una «duración», lo que no sucede en Dios. Pero esa duración no es un «tiempo» como aquel en que vivimos los hombres.

gación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios... Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se descubre incapaz de dominar con eficacia, por sí solo, los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas. Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al hombre, renovándolo interiormente y expulsando al 'príncipe de este mundo' (ver Jn 12, 31), que lo retenía bajo la esclavitud del pecado».

Los espíritus, angélicos o demoníacos, pueden tener alguna relación con el tiempo astronómico en la medida en que toman relación con los seres humanos o con eventos terrestres, pero esa relación les es extrínseca y temporal y no constituye una «medición» de su ser personal en forma permanente. Puede suceder que un espíritu angélico sólo ocasionalmente tenga relación con la temporalidad astronómica, pero no puede carecer de «sucesiones» internas, actos sucesivos de inteligencia y voluntad.

Nº 22: «En Él (en Jesucristo) Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: el Hijo de Dios 'me amó y se entregó por mí' (Gal 2, 20)... Urgen al cristiano la necesidad y el deber de luchar, con muchas tribulaciones, contra el demonio, e incluso de padecer la muerte. Pero, asociado al misterio pascual, configurado con la muerte de Cristo, llegará, corroborado por la esperanza, a la resurrección».

Los textos más amplios del Magisterio con respecto al demonio, se encuentran en el Catecismo de la Iglesia Católica. Este importante documento doctrinal, aprobado y publicado por el Siervo de Dios Juan Pablo II, es, como él mismo lo dice: «una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y el Magisterio eclesial... Pido, por tanto, a los Pastores de la Iglesia y a los fieles, que reciban este Catecismo con un espíritu de comunión y que lo utilicen constantemente cuando realizan su misión de anunciar la fe y de llamar a la vida evangélica. Este Catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica» (Constitución Apostólica Fidei Depositum, del 11 de octubre de 1992, nº 4). Su autoridad doctrinal es, pues, muy grande y constituye un exponente calificado de lo que se denomina el Magisterio ordinario de la Iglesia.

He aquí los textos del Catecismo de la Iglesia Católica referentes al Demonio.



«Serpiente antigua es una imagen relacionada con la tentación a los primeros padres en el paraíso, en la que el demonio se presenta bajo la apariencia de una culebra. El Libro Santo destaca, como característica del tentador, su astucia, es decir su habilidad para engañar y, a través del engaño, la capacidad de seducir (ver Gen 3, 1.13). En un sentido espiritual el pecado es una forma de muerte, puesto que se opone a la gracia deficiente en la que consiste, a la luz de la fe, la Vida verdadera». (Pórtico oeste, Abadía San Salvador de Leyre).

«La caída de los ángeles.

Nº 391: *Detrás de la elección desobediente de nuestros primeros padres, se halla una voz seductora, opuesta a Dios que, por envidia, los hace caer en la muerte. La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o Diablo. La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios...*

Nº 392: *La Escritura habla de un pecado de estos ángeles. Esta 'caída' consiste en la elección libre de estos espíritus creados que rechazaron radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: 'seréis como dioses' (Gen 3, 5). El diablo es 'pecador desde el principio' (1 Jn 3, 8), 'padre de la mentira' (Jn 8, 44).*

Nº 393: *Lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado, no es un defecto de la infinita misericordia divina, sino el carácter irrevocable de su elección. 'No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte' (San Juan Damasceno).*

N° 394: *La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien llama 'homicida desde el principio' (Jn 8, 44), y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre. 'El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo' (1 Jn 3, 8). La más grave en consecuencias de estas obras, ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.*

N° 395: *Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser un espíritu puro, pero sólo criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves*

daños –de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física– en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia, que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El hecho de que Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero 'nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que lo aman' (Rom 8, 28).

La presencia de «duraciones» angélicas hace que los espíritus creados sean radicalmente diferentes de Dios, puesto que carecen de la absoluta simultaneidad de Dios que es el constitutivo de su eternidad. En efecto, la eternidad no es una duración ilimitada, sino la total y perfecta simultaneidad del ser. En rigor de términos, los ángeles, los demonios, los bienaventurados y los réprobos, no son propiamente 'eternos', aunque su existencia no tenga límites en su duración.

N° 1673: *Se habla de exorcismo cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sea protegido contra las asechanzas del Maligno y sustraída a su dominio. Jesús lo practicó (ver Mc 1, 25ss) y de Él tiene la Iglesia el poder y el oficio de exorcizar. En forma simple, el exorcismo tiene lugar en la celebración del Bautismo. El exorcismo solemne sólo puede ser practicado por un sacerdote y con el permiso del Obispo. En estos casos es preciso proceder con prudencia, observando estrictamente las reglas establecidas por la Iglesia. El exorcismo intenta expulsar a los demonios o liberar del dominio diabólico gracias a la autoridad espiritual que Jesús ha confiado a su Iglesia. Muy distinto es el caso de las enfermedades, sobre todo psíquicas, cuyo cuidado pertenece a la ciencia médica. Por lo tanto, es importante asegurarse, antes de celebrar el exorcismo, de que se trata de una presencia del Maligno y no de una enfermedad.*

Y Libranos del Mal.

N° 2850: *La última petición (de la oración dominical) a nuestro Padre, está también contenida en la oración de Jesús: 'No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno' (Jn 17, 15). Esta petición concierne a cada uno individualmente, pero siempre quien ora es el 'nosotros', en comunión con*

toda la Iglesia y para la salvación de toda la familia humana. La Oración del Señor no cesa de abrirnos a las dimensiones de la Economía de la salvación. Nuestra interdependencia en el drama del pecado y de la muerte, se vuelve solidaridad en el Cuerpo de Cristo, en 'comunidad con los santos'.

Nº 2851: En esta petición, el mal no es una abstracción, sino que designa una persona, Satanás, el Maligno, el ángel que se opone a Dios. El 'diablo' ('dia-bolos') es aquel que 'se atraviesa' en el designio de Dios y en su obra de salvación cumplida en Cristo.

Nº 2852: 'Homicida desde el principio, mentiroso y padre de la mentira (Jn 8, 44), 'Satanás, el seductor del mundo entero' (Apc 12, 9), es aquel por medio del cual el pecado y la muerte entraron en el mundo y, por cuya definitiva derrota, la creación toda entera será liberada de pecado y de la muerte. 'Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios (Jesucristo), lo guarda y el Maligno no llega a tocarlo. Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno' (1 Jn, 5, 18s).

«El Señor que ha borrado vuestro pecado y perdonado vuestras faltas, también os protege y os guarda contra la tentación del diablo que os combate, a fin de que no os sorprenda el enemigo, que tiene la costumbre de engendrar la falta. Quien confía en Dios, no tema al demonio. 'Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (Rom 8, 31)' (San Ambrosio)».

Nº 2853: La victoria sobre el 'príncipe de ese mundo' (Jn 14, 30), fue adquirida una vez por todas en la Hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su Vida. Es el juicio de este mundo, y el príncipe de este mundo ha sido 'arrojado fuera' (Jn 12, 31). 'Él se lanza en persecución

de la Mujer, pero no consigue alcanzarla: la nueva Eva, 'llena de gracia' del Espíritu Santo, es librada del pecado y de la corrupción de la muerte (Concepción inmaculada y Asunción de la santísima Madre de Dios, María, siempre virgen). 'Entonces, despedido contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos' (Apc 12, 17). Por eso el Espíritu y la Iglesia oran: ¡Ven, Señor Jesús! (Apc 22, 17.20), ya que su Venida nos librerá del Maligno.

Nº 2854: Al pedir ser liberados del Maligno, oramos igualmente para ser liberados de todos los males, presentes, pasados y futuros, de los que él es autor e instigador. En esta última petición, la Iglesia presenta al Padre todas

Es muy difícil determinar hasta qué punto un hecho corresponde a la influencia angélica o demoníaca, pero es claro que los ángeles bienaventurados sólo actúan al servicio de los designios salvadores de Dios, y que los espíritus maléficos actúan siempre tratando de obstaculizar los designios de salvación, impulsando a los hombres a actuar contra la voluntad de Dios.

las desdichas del mundo. Juntamente con la liberación de todos los males que abruman a la humanidad, implora el don precioso de la paz y la gracia de la espera perseverante del retorno de Cristo. Orando así, anticipa en la humildad de la fe la recapitulación de todos y de todo en Aquel que 'tiene las llaves de la Muerte y del Hades' (Apc 1, 18), 'el Dueño de todo, Aquel que es, que era y que ha de venir' (Apc 1, 8)

«Libranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado

y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro salvador Jesucristo». (Canon Romano, embolismo después del Padrenuestro)

Quizás la ferocidad con que el demonio se ensaña contra algunos santos puede explicarse como un intento para hacerles perder la confianza en Dios y en el poder de la gracia para vencerlo. En la Sagrada Escritura es muy significativa la enseñanza del libro de Job en el que Satanás obtiene de Dios la autorización para infligir al personaje central de ese libro bíblico una serie de calamidades, precisamente con el propósito de que Job se rebelara contra Dios y maldiga su santo nombre y sus designios (ver Job 1, 6-22).

V. La Introducción General al Ritual de los exorcismos

Se trata de un texto litúrgico y, como tal, constituye una expresión de la fe de la Iglesia, según el antiquísimo principio 'lex orandi, lex credendi', es decir 'la norma de la oración es la norma de la fe'. Se reproduce a continuación integralmente esta «Introducción General» porque representa un resumen auténtico de la doctrina católica en materia de demonología. Hela aquí:

I. La victoria de Cristo y el poder de la Iglesia contra los demonios.

1.- La Iglesia cree firmemente que hay un solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo, único principio de todo: creador de todo lo visible y de lo invisible. Además, Dios en su providencia conserva y gobierna todo lo creado (ver Col 1, 16) y todo lo hizo bueno. Incluso «el diablo (...) y los otros demonios ciertamente fueron por Dios creados buenos en cuanto a su naturaleza, pero éstos se hicieron malos por sí mismos». De ahí que también ellos serían buenos, si hubiesen permanecido como habían sido creados. Porque hicieron mal uso de su excelencia natural y no se mantuvieron firmes en la verdad (ver Jn 8, 44), no se transformaron en una naturaleza opuesta (a la que habían recibido), sino que se separaron del Sumo Bien, al que debieron adherirse.

2.- Ciertamente el hombre fue creado a imagen de Dios «en justicia y santidad verdaderas» (Ef 4, 24) y su dignidad requiere que actúe según una constante y libre elección. Pero, por persuasión diabólica, abusó manifiestamente del don de su libertad; fue sometido por el pecado de desobediencia al poder del diablo y de la muerte, y hecho esclavo del pecado (ver Gen 3; Rom 5, 12). Por eso «se extiende a través de los hombres una ardua lucha contra los poderes de las tinieblas, lucha que habiendo comenzado desde el origen del mundo, continuará hasta el último día, como dice el Señor» (ver Mt 24, 13; 13, 24-30 y 36-43).

3.- El Padre todopoderoso y misericordioso envió al mundo al Hijo de su amor para librar a los hombres del poder de las tinieblas y trasladarlos a su reino (ver Gal 4, 5; Col 1, 13). Por eso, Cristo, «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15), renovando al hombre viejo, se revistió de la carne de pecado, «para destruir, por su muerte, a aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo» (Hebr 2, 14) y para transformar, por medio de su Pasión y Resurrección, la naturaleza humana herida, por el don del Espíritu Santo, en una nueva criatura (ver 2 Cor 5, 17).

4.- En los días de su vida mortal, el Señor Jesús, vencedor de la tentación en el desierto (ver Mt 4, 1-11; Mc 1, 12s; Lc 4, 1-13), expulsó con su propia autoridad a Satanás y a los demás demonios, imponiéndoles su divina voluntad (ver Mt 12, 27-29; Lc 11, 19s). (Jesús) haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo (ver Hech 10, 38), manifestó la obra de la salvación para librar a los hombres del pecado, de sus consecuencias y del primer autor del pecado, homicida desde el principio y padre de la mentira (ver Jn 8, 44).

5.- Cuando llegó la hora de las tinieblas, el Señor, «hecho obediente hasta la muerte» (Flp 2, 8), rechazó, por el poder de la Cruz, el ataque final de Satanás (ver Lc 4, 13; 22, 53), saliendo triunfador sobre la soberbia del antiguo enemigo. Esta gloriosa victoria de Cristo se manifestó en su Resurrección, cuando Dios lo exaltó de entre los muertos, lo sentó a su derecha y sometió todo bajo sus pies (ver Ef 1,21- 22).

6.- Para llevar a término su ministerio, Cristo dio a sus Apóstoles y a otros discípulos el poder de expulsar espíritus inmundos (ver Mt 10, 3.8; Mc 3, 14s; 6, 7.13; Lc 9, 1; 10, 17.18-20). A ellos mismos les prometió el Espíritu Santo Paráclito, que procede del Padre por el Hijo, el cual convencerá al mundo acerca del juicio,

La raíz del pecado en un ser puramente espiritual, y tal vez la única posible, es la soberbia, es decir el apetito desordenado de la exaltación de la propia excelencia, una especie de ofuscación producida por el ensimismamiento, es decir por la autosatisfacción, ciertamente ajena a la verdad, acerca de la propia grandeza y de su engañosa autosuficiencia.

porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado (ver Jn 16, 7-11). Entre los signos que acompañarán a los creyentes, se incluye, en el Evangelio, la expulsión de los demonios (ver Mc 16, 17).

7.- La Iglesia ejerció, ya desde el tiempo apostólico, el poder recibido de Cristo de expulsar demonios y anular su influjo (ver Hech 5, 16; 8, 7; 16, 18; 19, 12). Así pues, ora continuamente y con fe «en nombre de Jesús» para ser liberada del Maligno (ver Mc 6, 13). Y en el mismo nombre, con el poder del Espíritu Santo, ordena de varias formas a los demonios que no obstaculicen la obra de la evangelización (ver 1 Tes 2, 18), que devuelvan «al más fuerte» (ver Lc 11, 21s) el dominio sobre todos y cada uno de los hombres. 'Cuando la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una persona o un objeto sean protegidos contra el influjo del Maligno y sustraídos a su dominio, esto se llama exorcismo' (ver Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1673).

Santo Tomás de Aquino piensa que el pecado de los ángeles debió haber tenido lugar antes de que Dios les hubiera concedido el don de la visión sobrenatural y beatificante de su ser infinito. Y eso parece lógico, puesto que, una vez que una criatura llega a la visión del Sumo Bien experimenta un amor sin límites hacia Él y, por consiguiente, ya no puede apetecer nada que sea contrario a su divina Voluntad, es decir, ya no puede pecar.

VI. ¿Quiénes son y cómo son Satanás y los demonios?

En el capítulo sobre los nombres de los espíritus malignos, algo queda dicho acerca de su naturaleza y actividad, pero es conveniente hacer un intento para tener una idea más clara aún, en la medida de lo posible, al respecto. Hay que tener presente que en la cultura hebrea no se había afinado aún el concepto de lo que es un *espíritu*. Para los hebreos de aquella época, un *espíritu* era una realidad difícil de percibir con los sentidos corporales, algo que se asemeja al viento o a la respiración de un ser vivo. Pero, como el viento, es una realidad que posee una fuerza poderosa y que puede llegar a ser hasta devastadora. El hombre puede servirse del viento, pero no siempre puede controlarlo. Los discípulos de Jesús, al ver la tempestad calmada por una orden suya, se preguntaban acerca de quién sería ese hombre a quien los vientos y el mar obedecían (ver Mt 8, 27; Lc 8, 25; Mc 4, 41) y lo mismo ante la sumisión que le demostraban los espíritus inmundos (ver Mc 1, 27).

En las Sagradas Escrituras, y en una forma progresiva, se va afirmando la convicción de que la realidad no es sólo lo que tiene consistencia material o corpórea, sino que hay realidades que trascienden lo que

es perceptible por medio de los sentidos. Aquí no se trata de hacer un estudio bíblico sobre la noción de *espíritu* en las Sagradas Escrituras, sino de dar algunas indicaciones que ayuden a comprender que en diversos lugares de ellas aparece la convicción de que la realidad va más allá de lo material y que existen realidades no-materiales. En la Carta a los Hebreos se lee que «las cosas que se ven proceden de las que no se ven» (ver Hebr 11, 3). Jesús, ante la petición del buen ladrón, le asegura que hoy estará con Él en el paraíso, y eso no podía referirse al cuerpo de su compañero de suplicio, que pronto había de morir y ser sepultado (ver Lc 23, 44). En el Antiguo Testamento se emplea varias veces, refiriéndose a la muerte de una persona, la expresión de que «fue a reunirse con sus padres», lo que indica la persuasión de que el ser humano no se identifica ni se reduce a su solo cuerpo (ver Gen 25, 8; 35, 29; 49, 30.32; 1 Re, 2, 10; 11, 41, etc).

El testimonio más explícito en el Antiguo Testamento se encuentra en el 2º libro de los Macabeos, tanto en el relato del martirio de los siete hermanos y de su madre (ver 2 Mac 7, 1-41) como en el encargo de Judas Macabeo de que, con las limosnas recogidas, se ofrecieran sacrificios en Jerusalén en sufragio por los que habían muerto en la batalla a fin de que se perdonaran sus pecados, ya que se habían encontrado ídolos en sus despojos mortales (ver 2 Mac 12, 39-45). En la parábola del rico gozador y del mendigo Lázaro, Jesús mismo explica que el rico insensible fue sepultado y que, ello no obstante, continuaba viviendo en un lugar de tormentos, así como Lázaro poseía, después de su muerte, una existencia placentera en el seno de Abraham (ver Lc 16, 19-31). En el Nuevo Testamento aparecen referencias al *Espíritu de Dios*, desde la Anunciación a la Virgen María (ver Mt 1, 20; Lc 1, 35), donde la fecundidad de ella es atribuida al *Espíritu Santo*, hasta su venida sobre los Apóstoles, bajo los símbolos de las lenguas de fuego y de un viento impetuoso (ver Hech 2 1-4).

Fue un mérito de la filosofía griega haber dado un paso adelante en la comprensión de lo que es un espíritu y el pensamiento cristiano asimiló ese progreso y le dio forma conceptual, especialmente en la doctrina de Santo Tomás de Aquino (1224-1274).

El *espíritu* es un ser que no depende de la materia, ni en su existencia ni en su actuación. Es un ser dotado de *simplicidad*, es decir, que *no*

Siguiendo siempre el pensamiento de Santo Tomás, el pecado de soberbia de los ángeles réprobos habría consistido en pretender obtener la bienaventuranza sobrenatural no como un don gratuito de Dios, es decir, por su gracia, sino por sus propias fuerzas. (...)

tiene partes y, por lo mismo, no se puede dividir. Nosotros, humanos, seres compuestos de un alma espiritual y un cuerpo material, unidos entre sí de modo que forman una realidad compuesta sí, pero dotada de unidad, experimentamos gran dificultad para concebir lo que es un *espíritu puro*, y ello porque todos nuestros conocimientos provienen de experiencias sensoriales, a partir de las cuales, y por un proceso mental que llamamos *abstracción*, podemos llegar a tener un concepto de lo que es inmaterial, como lo son los *espíritus*.

En la «cumbre» o ápice de los seres espirituales, o de los puros espíritus, está Dios. Se emplea la palabra «cumbre», a falta de otra mejor, porque Dios tiene una existencia del todo única: Él «es» su existir, no ha recibido de nadie la existencia, sino que «existir» es su propia naturaleza:

(...) Otros piensan que Dios habría revelado a los ángeles el misterio de la encarnación de su Hijo a quien ellos habrían de someterse y adorar al Verbo encarnado en su condición humana, y que algunos de ellos, empapados en su propia grandeza y excelencia espirituales, habrían rehusado tener que adorar a Jesucristo.

eso es lo que significa el Nombre divino tal como Él se lo reveló a Moisés en la teofanía de la zarza ardiente: «Yo soy el que soy» (ver Ex 3, 2-14), es decir, 'Yo soy el único que no puede no-ser'. Por eso Él es el único ser absolutamente necesario y en Él nada hay de precario, de mudable, de accidental o de contingente. En Él nada hay de superfluo, nada puede perder y nada puede adquirir, salvo la naturaleza humana adquirida en el seno purísimo de la Virgen María, inseparablemente unida, desde la Encarnación, a la persona del Verbo eterno, la segunda persona de la Santísima Trinidad, único Dios con el Padre y el Espíritu Santo. En el Ser divino no hay sucesión, ni división, ni «desplazamientos», ni mudanzas: su Ser es perfectísimo en todo orden y todo

en Él «ocurre» en el instante único de su eternidad, en que todo su ser es perfectamente simultáneo y coetáneo, en su simplicidad, con todos los demás seres existentes, cuya existencia no es necesaria, sino que ha sido recibida de Él; es precaria y relativa, y se mantiene porque Él la sostiene. La riqueza del ser divino contiene en sí todas las perfecciones y bondades que poseen las criaturas, y están en Él sin ninguna de las limitaciones e imperfecciones con que existen en los seres creados, que son necesariamente limitados. Por eso ante Dios toda criatura es insignificante y tiene que reconocerse tal: su actitud interior y externa no puede ser sino la de la «postración», pero no una postración de esclavo temeroso ante un dueño arbitrario, sino la postración amorosa

ante un padre que lo ha amado primero, que lo ha hecho gratuitamente hijo suyo, que lo ha perdonado y que no espera sino correspondencia de amor, expresada en amorosa identificación con su Voluntad en la que se encuentra la única verdadera felicidad y la cumplida alegría. Cuando la Sagrada Escritura dice que no es posible ver a Dios sin morir, insinúa que nuestra pequeñez no es capaz de aprehender lo infinito, y que eso sólo será posible, y ni siquiera en forma total, cuando lleguemos a la visión beatificante de la eternidad, a la «ebriedad» del gozo de la belleza infinita.

Conviene aquí agregar un breve comentario sobre la afirmación del Apóstol San Juan, cuando dice que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Es como una definición de Dios, aparentemente diferente de la del Antiguo Testamento, cuando Él mismo se autodefine como «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14). Sin embargo la diferencia es sólo aparente. El Apóstol afirma que Dios es amor. Dios no 'tiene' amor, como podemos tenerlo las creaturas, sino que Él es amor. En Él no hay vicisitudes en el amor, en Él el amor no es cambiante, no es frágil, no es algo que puede estar o no estar, o estar con mayor o menor intensidad: Él es amor. Al 'interior' de la Santísima Trinidad, para expresar de algún modo lo que es inefable, el amor fontal del Padre se comunica, se 'da' en plenitud al Verbo eterno, su Hijo, y el amor entre ellos, poderoso y sustancial, 'constituye' la divina persona del Espíritu Santo. Ese amor es la realidad total de la plenitud del ser divino en el momento único e indivisible de su eternidad. Y ese amor, que como tal es donación gratuita y generosa, se 'proyecta' en la creación, concediendo a los seres que Él llama a la existencia, una participación en lo que constituye su ser y su obrar. Pero esa participación es algo que no pertenece a los seres creados por su propia naturaleza, como algo que no pudieran no poseer, sino que es un atributo que conserva siempre su carácter de precario, de 'recibido', de finito. Los seres creados que por tener una naturaleza espiritual son capaces de amar, tienen, por vocación, la exigencia de amar, de comunicarse, de 'darse' mutuamente, tratando de reflejar, en su amorosa solidaridad, la gratuita y permanente 'donación' que

Aunque en los Evangelios no hay indicaciones acerca de la soberbia como el pecado característico de los ángeles, hay, sin embargo, un testimonio claro acerca de la soberbia satánica en el relato de las tentaciones a Jesús: «De nuevo lo llevó el diablo (a Jesús) a un monte muy alto y, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: 'Todo esto te lo daré si, postrándote, me adoras'. (...)



«Su fuerza (de Satanás) se manifiesta como 'poder de las tinieblas', puesto que odia la Luz, que es Cristo, y arrastra a los hombres hacia sus propias tinieblas. Por su parte, los demonios, aquellos que juntamente con el Diablo no respetaron la hegemonía de Dios (ver Jud 6) se hicieron réprobos (ver 2 Ped 2, 4) y son los 'espíritus del mal' (ver Ef 6, 12), espíritus creados que pecaron y son llamados 'ángeles de Satanás' (ver Mt 25, 41; 2 Cor 12, 7; Apc 12, 7.9), lo que puede significar también que les ha sido confiada una misión por su maligno príncipe». (Gárgola de la catedral de Notre Dame, París. De la restauración de Viollet-le-Duc).

es la naturaleza misma de Dios en el misterio de su vida trinitaria, en la magnificencia de su obra creadora y en las maravillas de su comunicación sobrenatural que llega a hacer de las creaturas espirituales partícipes o 'consortes' de su propia vida divina (2 Ped 1, 4), moradas de Dios, Uno y Trino (ver Jn 14, 23; 1 Cor 3, 16s; 2 Cor 6, 16).

Los espíritus creados, ángeles y demonios, no poseen la simplicidad absoluta de Dios. Si bien su naturaleza es simple, sin »partes«, y por lo tanto indivisible e inmortal, hay en ellos «facultades» como son la inteligencia y la voluntad, y esas facultades tienen la posibilidad de actuaciones sucesivas. El espíritu angélico no posee una simultaneidad semejante a la de Dios: hay en ellos un «antes» y un «después» y por lo tanto una «duración», lo que no sucede en Dios. Pero esa duración no es un «tiempo» como aquel en que vivimos los hombres: nuestro tiempo se mide por una relación con los movimientos de los cuerpos celestes, sol, luna y tierra, y esa relación configura los días y los años. Nosotros tenemos también «duraciones interiores» como las que provienen de la circulación de la sangre o de la digestión, pero esas «duraciones interiores» no son perceptibles, sobre todo la segunda, y para percibir la primera debemos hacer un esfuerzo de especial atención y de sensibilidad táctil. Los espíritus, angélicos o demoníacos, pueden tener alguna relación con el tiempo astronómico en la medida en que toman relación con los seres humanos o con eventos terrestres, pero esa relación les es extrínseca y temporal y no constituye una «medición» de su ser personal en forma permanente. Puede suceder que un espíritu angélico sólo ocasionalmente tenga relación con la temporalidad astronómica, pero no puede carecer de «sucesiones» internas, actos sucesivos de inteligencia y voluntad. Esas actuaciones contingentes de su naturaleza, a través de sus facultades, constituyen, cada una, los «momentos» de su duración, y dichos momentos pueden tener muy variadas simultaneidades con los momentos del tiempo astronómico. La presencia de «duraciones» angélicas hace que los espíritus creados sean radicalmente diferentes de Dios, puesto que carecen de la absoluta simultaneidad de Dios que es el constitutivo de su eternidad. En efecto, la eternidad no es una duración ilimitada, sino la total y perfecta

(...) La pretensión del demonio es monstruosa, pero refleja una realidad que está en cierto modo presente en todo pecado grave: sustraer algo al señorío de Dios, o pretender que algo en la vida sea independiente de Él, o atribuir a alguna realidad una importancia tal que venga a sustituirse a Él, que es «lo único necesario» (ver Lc 10, 42). (...)

simultaneidad del ser. En rigor de términos, los ángeles, los demonios, los bienaventurados y los réprobos, no son propiamente 'eternos', aunque su existencia no tenga límites en su duración.

El esfuerzo que se ha hecho para atisbar, con gran imperfección por cierto, el Ser divino y el de los espíritus puros, ángeles y demonios, permite tener una idea, aunque también imperfecta, de sus actividades tanto en relación con Dios, como con los seres humanos. Hay que agregar que los espíritus tienen una capacidad de actuar muy por encima de la que poseen los hombres, precisamente porque su inmaterialidad hace que no tengan las limitaciones que la materia impone ineludiblemente a los seres que de ella dependen en su ser y en su actuar.

(...) Esa misma tentación persiste hoy día en la forma de variadas «idolatrías», que corren parejas con el olvido de Dios, con el desprecio de su ley y de su voluntad, como si el ser humano pudiera encontrar felicidad rindiendo culto a ídolos que no pueden salvar, como tantas veces lo proclamaron los antiguos profetas de Israel.

Es muy difícil determinar hasta qué punto un hecho corresponde a la influencia angélica o demoníaca, pero es claro que los ángeles bienaventurados sólo actúan al servicio de los designios salvadores de Dios, como se ve, por ejemplo, en el libro de Tobías, y que los espíritus maléficos actúan siempre tratando de obstaculizar los designios de salvación, impulsando a los hombres a actuar contra la voluntad de Dios. Por ese motivo el Apóstol San Pablo describe la vida cristiana en la Carta a los Efesios, como una constante lucha contra el poder de Satanás (ver Ef 6, 10-18) y lo mismo hace el Apóstol San Pedro en su primera Carta (ver 1 Ped 5, 8s). En la antigüedad es conocido el caso del Obispo San Martín de Tours que experimentó un terrible asedio de Satanás, precisamente en su lecho de muerte. San Juan

María Vianney, el santo Cura de Ars, experimentó la odiosidad del demonio, el que llegó incluso a incendiar su pobre lecho: bien comprensible, pues ese santo sacerdote que dedicaba largas horas cada día al ministerio del sacramento de la Penitencia, arrancaba muchas almas al poder de Satanás. En tiempos muy recientes hay testimonios de que San Pío de Pietrelcina fue objeto de violentos ataques físicos por parte del demonio. Quizás la ferocidad con que el demonio se ensaña contra algunos santos puede explicarse como un intento para hacerles perder la confianza en Dios y en el poder de la gracia para vencerlo. En la Sagrada Escritura es muy significativa la enseñanza del libro de Job en el que Satanás obtiene de Dios la autorización para infligir al

personaje central de ese libro bíblico una serie de calamidades, precisamente con el propósito de que Job se rebele contra Dios y maldiga su santo nombre y sus designios (ver Job 1, 6-22). El libro de Job no es propiamente un libro histórico, pero es parte de los libros inspirados por el Espíritu Santo, y por lo tanto sus enseñanzas son parte de las que Dios nos transmite para comprender los caminos por los que Él quiere conducirnos a la salvación.

Es preciso tener en cuenta que la tradición católica afirma que cada hombre recibe la ayuda de un ángel bueno, el «ángel custodio» o «ángel de la guarda», encargado por Dios de ayudarlo en el camino de la salvación. Esa tradición se fundamenta en una palabra explícita de Jesús: «Fíjense en no despreciar a alguno de estos pequeños, porque en verdad les digo que sus ángeles ven continuamente en el cielo el rostro de mi Padre que está en los cielos» (Mt 18, 10). La liturgia romana, expresión fiel de la doctrina de la Iglesia, celebra cada año, el día 2 de octubre, la memoria obligatoria de los Santos Ángeles Custodios, a los cuales la piedad popular cristiana atribuye una especial acción protectora en favor de los niños.

VII. ¿Cómo algunos ángeles pecaron y se convirtieron en demonios?

No es fácil para nosotros, seres humanos dotados de corporeidad, comprender cómo un ser puramente espiritual puede cometer un pecado. Los espíritus no experimentan el atractivo, a veces poderoso y desordenado, que producen en los humanos ciertas realidades corporales, como son el sexo, el dinero y los placeres de la comida y la bebida. La raíz del pecado en un ser puramente espiritual, y tal vez la única posible, es la soberbia, es decir, el apetito desordenado de la exaltación de la propia excelencia, una especie de ofuscación producida por el ensimismamiento, es decir, por la autosatisfacción, ciertamente ajena a la verdad, acerca de la propia grandeza y de su engañosa autosuficiencia. En los humanos la soberbia adquiere, a veces, las características de la egolatría o del narcisismo. ¿En qué puede haber consistido el acto de soberbia de algunos ángeles, que los transformó en réprobos o demonios? Las Sagradas Escritu-

La perfección de su inteligencia (de los ángeles) les hace percibir en toda su magnitud el bien que es objeto de un acto de su voluntad y, asimismo, la deformidad de un acto de apetencia de algo reñido con el bien absoluto que es Dios. (...)

ras no nos informan de modo directo acerca de esta pregunta. Santo Tomás de Aquino piensa que el pecado de los ángeles debió haber tenido lugar antes de que Dios les hubiera concedido el don de la visión sobrenatural y beatificante de su ser infinito. Y eso parece lógico, puesto que, una vez que una criatura llega a la visión del Sumo Bien, que es Dios Uno y Trino, experimenta un amor sin límites hacia Él y, por consiguiente, ya no puede apetecer nada que sea contrario a su

(...) Esa apetencia pecaminosa sólo es posible en ellos cuando aún no poseen la visión 'cara a cara' de Dios, porque viéndolo a Él directamente ya no es posible sino amarlo en forma total, absoluta y definitiva, sin que nada pueda solicitar su voluntad hacia algo que sea ajeno o contrario a Él. La 'visión beatífica' es una situación de plenitud y de alegría inamisible que radica en la identificación con Dios, Uno y Trino, tanto a través de un conocimiento rebotante de gozo, como por la vía de una adhesión que es la más perfecta expresión de la libertad.

divina Voluntad, es decir, ya no puede pecar. Siguiendo siempre el pensamiento de Santo Tomás, el pecado de soberbia de los ángeles réprobos habría consistido en pretender obtener la bienaventuranza sobrenatural no como un don gratuito de Dios, es decir, por su gracia, sino por sus propias fuerzas. Otros piensan que Dios habría revelado a los ángeles el misterio de la encarnación de su Hijo a quien ellos habrían de someterse y adorar al Verbo encarnado en su condición humana, y que algunos de ellos, empapados en su propia grandeza y excelencia espirituales, habrían rehusado tener que adorar a Jesucristo. En favor de esta hipótesis podría invocarse el texto del libro del Apocalipsis, en el que se describe la odiosidad de Satanás contra la Mujer y su Hijo, la Virgen María y el Señor Jesús, contra los cuales lucha furiosamente, pero es, en definitiva, derrotado (ver Apc 12).

Aunque en los Evangelios no hay indicaciones acerca de la soberbia como el pecado característico de los ángeles, hay, sin embargo, un testimonio claro acerca de la soberbia satánica en el relato de las tentaciones a Jesús: «De nuevo lo llevó el diablo (a Jesús) a un monte muy alto y, mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria

de ellos, le dijo: 'Todo esto te lo daré si, postrándote, me adoras'. Le dijo entonces Jesús: '¡Apártate, Satanás! Porque está escrito: 'Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo darás culto'» (ver Mt 4, 8-10; Lc 4, 5-8). La pretensión del demonio es monstruosa, pero refleja una realidad que está en cierto modo presente en todo pecado grave: sustraer algo al señorío de Dios, o pretender que algo en la vida sea independiente de Él, o atribuir a alguna realidad una importancia tal que venga a

sustituirse a Él, que es «lo único necesario» (ver Lc 10, 42). En el libro del Apocalipsis hay testimonios acerca de cómo los seres demoníacos exigen y logran la adoración de los hombres (ver Apc 13, 4.8.15). En el mismo libro, aparece la Jerusalén celestial con los rasgos de una comunidad humana cuyo quehacer es reconocer la soberanía de Dios y del Cordero, y vivir, extasiada, en la contemplación de la belleza indescriptible de la gloria de Dios y de su reinado (ver Apc 21 y 22). Así se comprende por qué en el Antiguo Testamento se insiste tanto en el pecado de idolatría de Israel, que consistía en rendir culto a falsos dioses y colocarlos al mismo nivel que el Dios de Israel, el único Dios vivo y verdadero. Esa misma tentación persiste hoy día en la forma de variadas «idolatrías», que corren parejas con el olvido de Dios, con el desprecio de su ley y de su voluntad, como si el ser humano pudiera encontrar felicidad rindiendo culto a ídolos que no pueden salvar, como tantas veces lo proclamaron los antiguos profetas de Israel.

Aquí hay que tener presente cómo y por qué la opción fundamental de los demonios en su acto de soberbia y de autosuficiencia frente a Dios, es una opción irrevocable, persistente y sin posibilidad de cambio o conversión. Los seres humanos tenemos un conocimiento limitado de los objetos que apetecemos y por eso mismo nuestra adhesión a ellos es imperfecta y mudable. Esa es la explicación de por qué, luego de haber pecado, aun gravemente, podemos y debemos arrepentirnos, cambiar para bien, o, dicho con una sola palabra, convertirnos. No sucede así con los ángeles. La perfección de su inteligencia les hace percibir en toda su magnitud el bien que es objeto de un acto de su voluntad y, asimismo, la deformidad de un acto de apetencia de algo reñido con el bien absoluto que es Dios. Esa apetencia pecaminosa sólo es posible en ellos cuando, como ya se dijo, aún no poseen la visión ‘cara a cara’ de Dios, porque viéndolo a Él directamente ya no es posible sino amarlo en forma total, absoluta y definitiva, sin que nada pueda solicitar su voluntad hacia algo que sea ajeno o contrario a Él. La ‘visión beatífica’

Nos faltan palabras para describir la situación de los réprobos. Es un estado de lacerantes dolores, simbolizados por el sufrimiento intenso y desgarrador que producen las quemaduras, que incluso aquí en la tierra tienen una curación difícil y una convalecencia lenta. Es un estado desesperante, porque no cabe esperar que tenga fin. Es una situación de suprema frustración, nacida de la conciencia de haber cometido un error fatal e irreversible en el que se ha producido una fijación definitiva que conlleva el odio y la aversión a Dios y a sus obras.

es una situación de plenitud y de alegría inamisible que radica en la identificación con Dios, Uno y Trino, tanto a través de un conocimiento rebotante de gozo, como por la vía de una adhesión que es la más perfecta expresión de la libertad.

Conviene ahora hacer una reflexión, siquiera breve, acerca de la *condenación* de los demonios y de los réprobos.

En el Nuevo Testamento hay algunos textos que se refieren a la condenación. No son muy numerosos y la explicación puede ser porque el tema de los escritos neotestamentarios es la *salvación*, exactamente lo contrario de la condenación. Hay que tener presente que el mismo nombre de Jesús significa 'Dios salva' (ver Mt 1, 21). San Pablo afirma que «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (2 Tim 2, 4). Jesús mismo toca el tema en la parábola del rico gozador e insensible: el protagonista muere y su destino es el

infierno o, como otros traducen, 'el lugar de los muertos', donde hay grandes sufrimientos causados por el fuego, los que son definitivos y no pueden ser aliviados porque hay un abismo insalvable entre el lugar de la bienaventuranza del pobre Lázaro y el de los tormentos del anónimo rico despiadado (ver Lc 16, 19-31). También Jesús se refiere a la condenación en su descripción del juicio final. Allí habla, como Juez supremo, a los que en la tierra no tuvieron entrañas de misericordia para con el prójimo, con severas palabras: «apártense de mí,

malditos, y vayan al fuego eterno preparado para el diablo y para sus ángeles... e irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna» (ver Mt 25, 41.46). En el Apocalipsis hay referencias a la condenación con imágenes propias del género literario de ese libro. Allí los que luchan contra los designios salvadores de Dios «son arrojados al lago de fuego que arde con azufre» (Apc 19, 20), al «estanque de fuego» (Apc 20, 14s; 21, 8). ¿Cómo interpretar estos textos cargados de simbolismo? Nos faltan palabras para describir la situación de los réprobos. Es un estado de lacerantes dolores, simbolizados por el sufrimiento intenso y desgarrador que producen las quemaduras, que incluso aquí en la tierra tienen una curación difícil y una convalecencia lenta. Es un estado desesperante, porque no cabe esperar que tenga fin. Es una situación de suprema frustración, nacida de la conciencia de haber cometido un

Ese odio es uno de los elementos que atormentan a los réprobos y les impiden cualquier gozo o alegría.

La vida de los réprobos discurre en el rechazo del bien y en la incapacidad de gozar de la belleza de Dios y de sus designios.

error fatal e irreversible en el que se ha producido una fijación definitiva que conlleva el odio y la aversión a Dios y a sus obras. Ese odio es uno de los elementos que atormentan a los réprobos y les impiden cualquier gozo o alegría. La vida de los réprobos discurre en el rechazo del bien y en la incapacidad de gozar de la belleza de Dios y de sus designios. Si la bienaventuranza consiste en el gozo de la hermosura de lo divino, la condenación puede describirse como una perpetua incapacidad para gozar de lo bueno y de lo bello. Si la bienaventuranza es la perfecta armonía con Dios, consigo mismo, con los demás y con toda la creación, la situación de los réprobos es la de un desgarramiento permanente y de una ruptura irreparable con todo lo que es fuente de felicidad. Parece interesante anotar que la descripción que ofrece el Apocalipsis de la Jerusalén celestial, está caracterizada por los elementos de belleza, de luz, de alegría, de paz y de bienestar que son sus atributos (ver Apc 21 y 22). El reino del poder de las tinieblas es exactamente lo contrario. Y no es que se llegue a esta miserable situación como resultado de una 'venganza' de Dios que se gozaría en el dolor y los sufrimientos de los condenados, sino por una autoexclusión de la comunión con Dios nacida del rechazo de su voluntad. Sobre la situación de los réprobos, especialmente de los hombres, pueden verse los nn. 1033 a 1037 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Si la bienaventuranza consiste en el gozo de la hermosura de lo divino, la condenación puede describirse como una perpetua incapacidad para gozar de lo bueno y de lo bello. Si la bienaventuranza es la perfecta armonía con Dios, consigo mismo, con los demás y con toda la creación, la situación de los réprobos es la de un desgarramiento permanente y de una ruptura irreparable con todo lo que es fuente de felicidad. (...)

VIII. Las tentaciones

Ahora conviene considerar las formas más importantes de la acción del Maligno y de sus secuaces sobre los seres humanos. Entre ellas la más importante por su frecuencia es la *tentación*. La palabra «tentación», cuyo origen proviene del verbo latino «tento», significa *asediar, atacar, tantear, probar, ensayar, tratar de ganarse a alguno, solicitar, seducir, poner a prueba*, etc. Como se ve, sus matices son variados: cada uno de ellos expresa un aspecto interesante de lo que es la tentación en abstracto y es perfectamente aplicable a cada una de ellas en concreto.

Ya anteriormente, cuando se habló del demonio como *tentador*, algo se

dijo sobre las tentaciones. La tentación en sí misma no es un pecado: el pecado consiste en *consentir* en la tentación: en aceptarla, en adherir voluntariamente a ella haciéndola algo propio. Para que la adhesión a la tentación constituya un pecado es preciso que sea consciente, o sea, que quien consiente a ella se dé cuenta de que el objeto de su adhesión es algo moralmente malo y, por lo tanto, incompatible con la ley de Dios. Y debe ser, además, libre, es decir no ser forzada exteriormente, ni estar de tal modo condicionada por factores externos o internos que el acto deje de ser autónomo y se convierta en fruto de una presión. No es fácil discernir hasta qué punto una persona, en un momento dado, ha consentido en una tentación y hasta qué punto su adhesión voluntaria a un objeto moralmente pecaminoso ha sido de tal entidad que constituya un rechazo de Dios y por lo tanto un pe-

(...) Y no es que se llegue a esta miserable situación como resultado de una 'venganza' de Dios que se gozaría en el dolor y los sufrimientos de los condenados, sino por una autoexclusión de la comunión con Dios nacida del rechazo de su voluntad.

cado mortal o grave. Los confesores son generalmente muy cuidadosos y cautos para pronunciarse acerca de la responsabilidad grave de un determinado penitente porque es muy difícil estar en posesión de un conocimiento completo de la persona que se confiesa, de las influencias que ha experimentado, de los hábitos que ha contraído y de su propia percepción acerca del grado de voluntariedad que ha estado en juego en tal o cual opción. Al decir esto no se pretende afirmar que no haya pecados graves ni que determinadas opciones no sean objetiva y también subjetivamente inconciliables con el

amor a Dios. No pocas deformaciones de la conciencia, influidas por el relativismo reinante, el cual es a su vez fruto de la influencia diabólica que maneja habitualmente el arma de la mentira, producen un estado de adormecimiento o de insensibilidad que dificulta e incluso pueden llegar a incapacitar para discernir con clarividencia entre el bien y el mal morales. Esas deformaciones conducen a una debilidad ética que afecta no sólo a las personas sino que se apodera, principalmente a través de los medios de comunicación, de lo que pudiera llamarse la «conciencia colectiva», cuya influencia suele tener una importante gravitación social tanto en las generaciones jóvenes como también en personas adultas.

Las tentaciones se presentan, habitualmente, como un «bien», como algo que, desde algún punto de vista, resulta provechoso y apetecible,

agradable o beneficioso. El problema radica en que, en momentos de ofuscación, no se tiene una clara percepción de que lo que se apetece no es realmente un bien, porque aunque parezca agradable es en realidad algo dañoso, puesto que es incompatible con el verdadero bien del ser humano que consiste en la coherencia con su propia naturaleza, con su finalidad última y, en definitiva, con la sabiduría y la voluntad de Dios. Toda tentación implica en cierta medida un engaño, ya que presenta y ofrece como un bien algo que realmente no lo es. En ese sentido la tentación se opone a la verdad que radica en la naturaleza de cada ser y que es su propio «bien»: nada de lo que contradice la naturaleza de un determinado ser puede ser para él un verdadero «bien». La moral o «lo moral» no son categorías que se imponen «desde fuera», como haciendo violencia y coartando la libertad, sino que son la expresión de la íntima naturaleza del ser humano, la coherencia en cada una de sus opciones voluntarias con su propia dignidad y finalidad. El verdadero concepto de libertad es el ejercicio de la capacidad volitiva adhiriendo a lo que es realmente un bien coherente con la naturaleza y finalidad última de la persona y no en la capacidad de cualquier opción, aunque ella sea inmoral: la elección de un objeto contrario a la moral no es propiamente un acto de libertad, sino un ejercicio defectuoso y deforme de la capacidad volitiva, destinada a buscar el bien. Así se comprende que cada tentación es una invitación a sucumbir al atractivo de las apariencias: «porque la fascinación del vicio ensombrece la virtud y el vértigo de la pasión pervierte la mente ingenua» (Sab 4, 12).

Las personas que se habitúan a vivir preocupadas sólo de las apariencias, de lo inmediato o de lo grato, adquieren un modo de comportarse que es superficial e irreflexivo y que corresponde al funesto vicio de la *frivolidad*. Quien es frívolo toma con ligereza hasta las cosas más serias y es incapaz de descubrir los verdaderos valores de las cosas y de las opciones, para vivir en una atmósfera de liviandad. Una expresión frecuente de la frivolidad es la de adoptar un espíritu festivo y burlesco, cuando no chistoso, incluso ante hechos y situaciones relevantes y basilares. La frivolidad es un terreno propicio para muchas tentaciones

La tentación en sí misma no es un pecado: el pecado consiste en consentir en la tentación: en aceptarla, en adherir voluntariamente a ella haciéndola algo propio. Para que la adhesión a la tentación constituya un pecado es preciso que sea consciente, o sea, que quien consiente a ella se dé cuenta de que el objeto de su adhesión es algo moralmente malo y, por lo tanto, incompatible con la ley de Dios. Y debe ser, además, libre, es decir, no ser forzada exteriormente.

porque habitúa a quien la asume a no reflexionar y a no distinguir entre lo importante y sustancial, y lo secundario, accidental o superficial. Como se dijo antes, no todas las tentaciones provienen *directamente* de la acción o sugestión del demonio. Algunas tienen su origen en nuestra naturaleza caída, herida por el pecado original y proclive al atractivo de lo aparente y transitorio: es lo que suele llamarse *la concupiscencia*, que no se manifiesta exclusivamente en el campo de la sexualidad, sino también en otros muchos. Otras provienen del influjo del *mundo*, es decir, de la realidad histórica que nos circunda, y que está poderosamente influenciada (ver 1 Jn 5, 19s) por aquel que es llamado por

Jesús *Príncipe de este mundo* (ver Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11). Expresiones de esta influencia maléfica son, por ejemplo, aquellas leyes civiles que declaran 'legítimas' ciertas acciones incompatibles con la voluntad de Dios, como son el aborto, el divorcio, la eutanasia, la protección legal a uniones que no son matrimonio, etc. Pero hay también tentaciones que son el resultado de una *directa* influencia de Satanás, aunque no siempre es fácil discernirla. En todo caso, el interés del Maligno se concentra, *directa o indirectamente*, en procurar apartar a los hombres del camino de la salvación. Antes de lograr que una persona caiga en tentación el demonio se esfuerza en obtener que quien está tentado minimice la importancia de consentir en ella. Luego que se ha caído, el esfuerzo del Maligno se concentra en producir un sentimiento de desconfianza y hasta de desesperación, como si fuera imposible la real conversión y como si

No pocas deformaciones de la conciencia, influidas por el relativismo reinante, el cual es, a su vez fruto de la influencia diabólica que maneja habitualmente el arma de la mentira, producen un estado de adormecimiento o de insensibilidad que dificulta e incluso pueden llegar a incapacitar para discernir con clarividencia entre el bien y el mal morales.
(...)

los esfuerzos por salir de ese estado estuvieran destinados al fracaso: una falta de fe en el poder victorioso de la redención de Cristo y de su gracia, olvidando la categórica afirmación de San Pablo «todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Puesto que el demonio es el *gran mentiroso*, detrás de cada tentación hay un rechazo de la verdad, y por lo mismo un intento de apartar al hombre de la verdadera libertad para someterlo a la esclavitud de lo aparente. Es conveniente hacer un recorrido siquiera por algunos de los campos de donde provienen las tentaciones, a fin de estar atentos, identificarlas y, con la ayuda de la gracia de Dios, vencerlas.

El primero es el de la *soberbia*, que consiste en ignorar las propias limitaciones, en no reconocer nuestra radical dependencia de Dios, en atribuirnos méritos y virtudes, como si todo lo que somos y tenemos no proviniera de la generosa bondad de Dios: «¿Quién te declara superior? ¿Qué posees que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4, 7). Con toda razón Santa Teresa de Ávila afirmaba que ‘humildad es andar en la verdad’, y por lo mismo la soberbia es, radicalmente, una mentira. Ya se dijo antes que el pecado de los ángeles réprobos consistió en un acto de soberbia. La Santa Escritura hace una severa advertencia al respecto: «Dios resiste a los soberbios, en tanto que concede su favor a los humildes» (ver Sant 4, 6; 1 Ped 5, 5). Hay otras tentaciones que guardan alguna semejanza con la soberbia: la *vanidad*, o fatua complacencia en las propias cualidades; la *ostentación*, o deliberada demostración de lo que poseemos; la *ambición*, o desmesurada apetencia de bienes o posiciones innecesarios o para los cuales no se está preparado; la *prepotencia*, o afán de demostrar superioridad. Una forma de soberbia es la renuencia a considerar las opiniones ajenas y la persuasión de tener siempre la razón, menospreciando los argumentos que van en contra del propio parecer.

Todavía en el campo de la exagerada autoestima, conviene tener presente la tendencia a magnificar la importancia de las ofensas que eventualmente se nos han hecho. De esa percepción desmesurada nace la renuencia a perdonar, así como la incapacidad para reconocer los atenuantes y condicionamientos de quien causó lo que se estima una ofensa.

La fe cristiana no estigmatiza la propiedad de bienes materiales como si fuera, en sí misma, contraria a la voluntad de Dios, pero sí nos advierte que ellos pueden llegar a ocupar en nuestra escala de valores un puesto desmesurado y perder su calidad de meros *instrumentos*. Tan exorbitante puede llegar a ser el lugar que ocupa el dinero en algunas personas que, en vez de servirse de él, terminan sirviéndolo como si fuera una divinidad. A eso apunta la advertencia de Jesús: «Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien, adhiriéndose al primero, menospreciará al segundo. No podéis

(...) Esas deformaciones conducen a una debilidad ética que afecta no sólo a las personas sino que se apodera, principalmente a través de los medios de comunicación, de lo que pudiera llamarse la “conciencia colectiva” cuya influencia suele tener una importante gravitación social tanto en las generaciones jóvenes como también en personas adultas.

servir a Dios y a las riquezas» (Mt 6, 24; Lc 16, 13). El apego a los bienes materiales fue, con toda probabilidad, la causa de la insensibilidad del rico gozador de la parábola, ante la miseria y desvalimiento del pobre Lázaro (ver Lc 16, 19-31). La abundancia de sus cosechas fue la causa de la despreocupación del rico propietario con respecto a su suerte eterna (ver Lc 12, 16-21). En el manejo de los bienes materiales el cristiano debe comportarse no como si fuera dueño y señor de ellos, sino como un *administrador* de lo que Dios le ha confiado como *medios* y no como

La moral o «lo moral» no son categorías que se imponen «desde fuera», como haciendo violencia y coartando la libertad, sino que son la expresión de la íntima naturaleza del ser humano, la coherencia en cada una de sus opciones voluntarias con su propia dignidad y finalidad. El verdadero concepto de libertad es el ejercicio de la capacidad volitiva adhiriendo a lo que es realmente un bien coherente con la naturaleza y finalidad última de la persona y no en la capacidad de cualquier opción, aunque ella sea inmoral.

finalidades, y acerca de lo cual deberá rendir estrecha cuenta ante Él. El apego desordenado a los bienes temporales se proyecta en diversas actitudes antievangélicas y antihumanas: el *robo*, la *avaricia*, la *usura*, la *tacañería*, la *corrupción*, el *soborno*, las *coimas*, la *mezquindad*, el *lujo*, el *derroche*, etc. En este terreno es importante tener presente el deber moral de retribuir el trabajo en forma justa e incluso generosa: no hacerlo es una injusticia que genera, como consecuencias, la desconfianza y las tensiones entre empleadores y trabajadores.

El poder corruptor del dinero tuvo su máxima expresión en el hecho de que el apóstol Judas traicionó a Jesús por miserables treinta monedas de plata (ver Mt 26, 14s; Mc 14, 10s; Lc 22, 3-6). Un siniestro personaje de la historia de Francia acuñó una célebre frase para describir el poder del dinero y de la corrupción: «cada hombre tiene su precio. Lo que hace falta saber es *cuánto*».

En este terreno, como en tantos otros, tienen plena aplicación las palabras de la Sagrada Escritura que dice, poniendo estas palabras en boca del mismo Jesús: «traten a los demás tal como ustedes desean que los

demás los traten a ustedes» (Mt 7, 12). Esta formulación del evangelio de San Mateo, hecha en forma positiva, es mucho más exigente que la del libro de Tobías, en el Antiguo Testamento, redactada en forma negativa: «no hagas a otro lo que no te agrada que otro te haga a ti» (Tob 4, 15). La formulación de San Mateo ha sido llamada «la regla de oro» de la moral, lo que equivale a la afirmación de Jesús de que en la vivencia de esta «regla» se resumen las enseñanzas de ley de Dios y las de los antiguos profetas (ver Mt 7, 12b).

Las virtudes que contrarrestan el afán desordenado de bienes terrenales son la *generosidad*, la *munificencia*, la *liberalidad*, el *espíritu de pobreza evangélica*, y el *desprendimiento*.

La vida cristiana no exige a quien posee bienes de este mundo desprenderse efectivamente de todos ellos. El desprendimiento efectivo y voluntario es uno de los así llamados *consejos evangélicos* expresado en el *voto de pobreza* que hacen los religiosos respondiendo a una especial vocación. Quien no es llamado por ese camino puede conservar la propiedad de sus bienes, pero debe usar de ellos no como si fuera su *dueño*, sino como un *buen administrador* que sabe que tendrá que dar cuentas a Dios de su gestión. Los bienes terrenales tienen como finalidad servir para el apropiado sustento de quien los posee, pero también deben constituir un aporte al bien común de la sociedad y al alivio de las necesidades de quienes padecen necesidad. Dar limosna en la medida de lo posible es una obligación del cristiano. Pero también la creación de fuentes de trabajo es una forma, y excelente, de cumplir con la finalidad social de los bienes de este mundo.

El rico avaro que había tenido una abundante cosecha y no encontraba dónde guardar el grano, se dijo: «ya sé lo que voy a hacer: demoleré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, y diré a mi alma: ‘alma, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y goza’. Pero Dios le dijo: ‘Insensato, esta misma noche te pedirán el alma y todo lo que has acumulado, ¿para quién será?’.

Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios» (Lc 12, 18-21).

«Hay más alegría en dar que en recibir», son palabras que el libro de los Hechos de los Apóstoles atribuye a Jesús mismo (ver Hech 20, 35). Y el Apóstol San Pablo afirma que «Dios ama al que da con alegría» (ver 2 Cor 9, 7). Así pues, a un discípulo de Cristo nunca debería afligirle el hecho de dar, antes bien debiera dar gracias a Dios porque Él le concede la oportunidad y la posibilidad de compartir lo que tiene con otros que tienen menos que él.

Otro campo en el que surgen con suma frecuencia muy graves tentaciones es en el ejercicio desordenado de la *sexualidad*. Es el ámbito de

La elección de un objeto contrario a la moral no es propiamente un acto de libertad, sino un ejercicio defectuoso y deforme de la capacidad volitiva, destinada a buscar el bien. Así se comprende que cada tentación es una invitación a sucumbir al atractivo de las apariencias: «porque la fascinación del vicio ensombrece la virtud y el vértigo de la pasión pervierte la mente ingenua» (Sab 4, 12).

la *lujuria*. La sexualidad es una realidad humana creada por Dios y, por lo tanto, en sí misma buena e integrable en los caminos a través de los cuales Él conduce a los hombres a la santidad y a la salvación. Esa integración era armónica en el primer estado de la creación del hombre, antes del pecado original. Allí la relación entre el varón y la mujer era ordenada y ajena al deseo de «servirse» el uno del otro o de ejercer dominio y violencia el uno sobre el otro. Era posible un amor muy puro y no contaminado por el egoísmo. Esa situación cambió con el primer pecado que introdujo en el campo de la sexualidad una «herida»

Antes de lograr que una persona caiga en tentación, el demonio se esfuerza en obtener que quien está tentado, minimice la importancia de consentir en ella. Luego que se ha caído, el esfuerzo del Maligno se concentra en producir un sentimiento de desconfianza y hasta de desesperación, como si fuera imposible la real conversión y como si los esfuerzos por salir de ese estado estuvieran destinados al fracaso: una falta de fe en el poder victorioso de la redención de Cristo y de su gracia.

o desorden que distorsionó una relación que debía ser de amor, es decir de mutua y gozosa donación, y dio origen a una apetencia egoísta del otro sexo, particularmente en lo que se refiere al placer que acompaña el ejercicio de la sexualidad genital. La apetencia sexual se desvincula de su ámbito natural que es el matrimonio, elevado por Jesucristo a la realidad sobrenatural de sacramento, es decir, de instrumento de gracia y santidad. El ejercicio de la sexualidad se independiza del mutuo compromiso de hacerse cargo el uno del otro y por toda la vida, hace abstracción de una de sus finalidades propias que es la de la procreación, y va quedando concentrado en el placer que, de ser elemento del amor conyugal, generoso y sacrificado, llega al extremo inhumano de convertirse en una mercadería que se puede adquirir con dinero o mediante sus equivalentes. En esta situación el ser humano vive una permanente lucha a fin de que su apetencia sexual no se desboque y se deshumanice, con gravísimo perjuicio de la convivencia verdaderamente

digna entre varones y mujeres.

La *lujuria* tiene muy variadas expresiones, todas ellas gravemente contrarias a la naturaleza humana y a la ley de Dios. Conviene nombrarlas para evitar los eufemismos con que, engañosamente, se trata de disimular o de aminorar su incoherencia radical con la ley de Dios y con la dignidad de la naturaleza humana. Son muchos los testimonios de las Sagradas Escrituras donde se vituperan las variadas formas de la *lujuria*. Todas ellas tienen en común la búsqueda del placer sexual fuera de la intimidad que es propia y connatural al matrimonio y

tienen también como raíz profunda el egoísmo que es, exactamente, lo contrario del verdadero amor, aunque con frecuencia se disfrace mentirosamente de amor.

Una forma especialmente odiosa de la lujuria es el *adulterio*, que consiste en la relación sexual de una persona unida en legítimo matrimonio, con otra persona que no es su cónyuge. Ese pecado ofende la naturaleza religiosa del matrimonio en el cual los cónyuges deben reflejar el «amor de Cristo por su Iglesia» (ver Ef 5, 22-33). Las ‘leyes’ que autorizan el divorcio y las subsiguientes uniones civiles constituyen un intento de ‘legalización’ del adulterio. El *concubinato* es la unión de dos personas que viven como si fueran cónyuges, sin serlo en realidad. La *fornicación* es la unión sexual ocasional entre dos personas de distinto sexo. El *incesto* es el abuso sexual de una persona con otra con la cual está vinculada por un parentesco cercano. La *violación* es la relación sexual con una persona sobre la cual se ha ejercitado fuerza o violencia físicas para doblegar su resistencia. La *pedofilia* consiste en el abuso sexual de personas menores o niños, conducta que llevada a un extremo se denomina *pederastia*. Cuando el abuso se ejerce sobre adolescentes que han sobrepasado la niñez, se habla de *efebofilia*. La *pornografía* consiste en la producción, distribución e incluso promoción de imágenes de contenido erótico. Estas imágenes, que se pueden obtener fácilmente a través de ciertos medios de comunicación social, constituyen un aliciente para la corrupción en este delicado campo, tanto de personas adultas como de adolescentes. El ámbito de la pornografía, en el cual juega un papel importante el afán de ganar dinero con la comercialización del sexo, es vecino a otros campos como son la *prostitución* y la *trata de blancas*. Quien acude a un prostíbulo se hace cómplice de la explotación de mujeres que viven una forma repugnante de esclavitud, vendiendo su cuerpo a personas que emplean la mentirosa expresión de ‘hacer el amor’ cuando en realidad lo que están haciendo es realizar una forma innoble de refinado egoísmo. Es una forma atroz de degradar a la mujer y de degradarse y envilecerse a sí mismo. Una forma no infrecuente de lujuria, especialmente en adolescentes, es la de buscar la satisfacción genital en forma solitaria, acto que se denomina *masturbación* y que es una expresión de egoísmo. Cuando el pecado de

Puesto que el demonio es el gran mentiroso, detrás de cada tentación hay un rechazo de la verdad, y por lo mismo un intento de apartar al hombre de la verdadera libertad para someterlo a la esclavitud de lo aparente.



«Cuando llegó la hora de las tinieblas, el Señor, 'hecho obediente hasta la muerte' (Flp 2, 8), rechazó, por el poder de la Cruz, el ataque final de Satanás (ver Lc 4, 13; 22, 53), saliendo triunfador sobre la soberbia del antiguo enemigo. Esta gloriosa victoria de Cristo se manifestó en su Resurrección, cuando Dios lo exaltó de entre los muertos, lo sentó a su derecha y sometió todo bajo sus pies (ver Ef 1,21- 22)». (Capitel en la nave de la catedral de Autun, Borgoña, Francia. Siglo XII).

impureza es cometido por una persona que ha recibido el sacramento del Orden o ha emitido votos religiosos, a la malicia de la *lujuria* se agrega el agravante del *sacrilegio*, que es la profanación de una persona sagrada. A las especies de lujuria o *impureza carnal* ya enumeradas, hay que agregar la de la práctica de la *homosexualidad* o *sodomía*, que consiste en la relación sexual-genital entre personas del mismo sexo. La práctica de la homosexualidad, que es algo objetivamente gravemente desordenado, es diferente de la 'tendencia' homosexual, que puede ser en sí misma no culpable. Cuando esta conducta aberrante se practica entre personas de sexo femenino, recibe el nombre de *lesbianismo*. La Sagrada Escritura y la doctrina de la Iglesia declaran sin ambages la incompatibilidad del ejercicio de la homosexualidad con la conducta de un cristiano.

Sería muy largo citar todos los textos bíblicos que señalan la incompatibilidad de la lujuria con la conducta cristiana: limitémonos a unos pocos, especialmente significativos por lo demás.

En el Antiguo Testamento conviene recordar el vicio de la homosexualidad que se practicaba en la ciudad nefanda de Sodoma, la que Dios destruyó castigándola con un cataclismo (ver Gen 18, 20-33; 19, 1-29).

También en el Antiguo Testamento se lee el relato del adulterio del rey David, agravado por el homicidio del marido legítimo de la adúltera Betsabé, perpetrado a traición con el intento de encubrir su pecado. Dios reprochó duramente a David su crimen, por medio del profeta Natán, y lo castigó con severidad (ver 2 Sam 11, 1-27; 12, 1-23). Hay quienes piensan que el salmo 50, llamado «Miserere», sería la expresión poética del arrepentimiento de David, luego de haber recibido la reprensión del profeta Natán.

En el libro del profeta Malaquías, Dios explica por qué no son aceptables las ofrendas culturales de algunos israelitas: «Porque Yahvé es testigo entre tú y la esposa de tu juventud, a la que tú traicionaste, siendo así que era tu compañera, la mujer con la que te habías comprometido. ¿No los ha hecho (Dios) un solo ser, dotado de carne y espíritu? Y este 'uno' ¿qué busca? ¡Una posteridad dada por Dios! Guarden, pues, ustedes su espíritu; no traiciones a la esposa de tu juventud. Pues yo odio el repudio (divorcio), dice Yahvé Dios de Israel, y al que encubre con su vestido la violencia, dice Yahvé Sebaot. Guarden, pues, su espíritu y no cometan tal traición» (Mal 2, 14-16).

Del Nuevo Testamento resulta particularmente significativo recordar

las palabras de Jesús: «Ustedes han oído decir ‘no cometerás adulterio’. Pero yo les digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón... También se ha dicho: ‘el que repudie a su mujer, déle un documento de repudio’. Pero yo les digo que quien repudia a su mujer –excepto el caso de fornicación– la expone al adulterio y el que se casa con la repudiada, comete adulterio» (Mt 5, 27s.31s; Mc 10, 2-12).

San Pablo, inculcando a los Corintios la gravedad de la lujuria, les dice: «¿No saben que los injustos no poseerán el reino de Dios? No se engañen: ni los *fornicarios*, ni los *idólatras*, ni los *adúlteros*, ni los *afeminados*, ni los *sodomitas*, ni los ladrones, ni los avaros, ni

los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» (1 Cor 6, 9s).

El primer antídoto para no ceder a la tentación es, pues, la Verdad que nos hace realmente libres y nos sustrae a la esclavitud de las apariencias, del pecado y, en definitiva, de Satanás. La Verdad es un nombre propio, Jesucristo, el Verbo eterno del Padre, es su Evangelio, es su santa Ley, son los valores evangélicos, completamente diversos de los que preconiza ‘el mundo’, que yace bajo el poder del Maligno (1 Jn 5, 19s).

El mismo Apóstol exhortando a los corintios a vivir castamente, les dice: «¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, Él lo aniquilará. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo son ustedes» (1 Cor 3, 16s).

Pueden aplicarse a quienes abusan sexualmente de niños, las severísimas palabras de Jesús: «Dijo a sus discípulos: es inevitable que haya escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel que los causa! Mejor fuera para él que le ataran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños» (Lc 17, 1s).

Un campo frecuentísimo de tentaciones es el de la *mentira*. Ya se dijo que el demonio es llamado por Jesús *el padre de la mentira*, y que el recurso a ella es su estrategia preferida. Muchas personas no atribuyen mayor importancia a las mentiras, y las excusan llamándolas *mentiras piadosas*, o *mentiras blancas*. No reparan en que las mentiras socavan la confianza entre los seres humanos. Muchos emplean la mentira como un recurso fácil para disculparse, para evadir una responsabilidad, para obtener una recomendación, para presentarse como persona conocida de alguna autoridad influyente, para exagerar los propios méritos. El recurso a la mentira corroe la confiabilidad y perjudica al mentiroso porque, si es descubierto, no podrá quejarse de que más tarde no le crean, aún

cuando esta vez haya dicho la verdad. Naturalmente la mentira se agrava cuando causa perjuicios importantes a otras personas o instituciones. No pocas veces la mentira acompaña a la falta de honradez y se la emplea como ardid para lograr objetivos lujuriosos.

La mentira se hace presente de muchas y muy variadas maneras y con diversas motivaciones. Es corriente el *engaño* como recurso para eludir una responsabilidad o para librarse de una molestia, reprensión o castigo. La *falsificación* de documentos, certificados, notas de estudios, suele ser un ardid para obtener ventajas inmerecidas. La obtención de *certificados* fraudulentos sirve para lograr beneficios económicos indebidos y por eso agrega a la malicia de la mentira

la de la deshonestidad o robo de recursos pecuniarios.

La falsificación de *balances* financieros se realiza para defraudar los intereses de personas que tenían legítimo derecho a obtener un beneficio. Como se ve, con frecuencia la mentira va acompañada de la avidez de obtener injusta e ilegítimamente dinero, con perjuicio de otras personas o de instituciones. La *calumnia* consiste en atribuir falsamente a alguien un hecho o una acción que no ha cometido. Semejante es la *difamación*, que es privar injustamente de su buena fama, a quien tiene derecho a conservarla. La *maledicencia* consiste en el mal hábito de esparcir rumores infundados que pueden perjudicar la convivencia sembrando sospechas y reticencias. También pertenece a este campo de desórdenes morales la *revelación de secretos* que no es legítimo publicar con perjuicio de personas o de instituciones.

Estos pecados, *calumnia*, *maledicencia* y *difamación*, suelen dejar consecuencias negativas muy difíciles de reparar en su totalidad, y hay que tener presente que quien los ha cometido está obligado en justicia a reparar el daño cometido en toda la medida de lo posible, y, ante todo, reconociendo la verdad.

Una forma disimulada de mentira y engaño es la de *cambiar nombre* a realidades inmorales de manera que aparezcan sin connotación moral negativa. Así, el aborto se denomina '*interrupción del embarazo*', las píldoras que pueden ser abortivas se llaman '*contraceptivos de emergencia*', los sobornos reciben la calificación de '*comisiones*' y las convivencias

Es preciso buscar la verdad porque no siempre se la percibe claramente a primera vista: diversos factores inducen a confusión como, por ejemplo, la información unilateral o tendenciosa, la presión ejercida por quienes ejercen cargos de autoridad, las estadísticas que, siendo indicadores de lo que sucede, son transformadas en criterio para determinar lo que es o no correcto y moralmente aceptable.

ilegítimas que pasan a llamarse, eufemísticamente, '*parejas*', palabra que puede cubrir (aunque no generalmente) a un verdadero matrimonio; que puede aplicarse a dos convivientes de hecho que son solteros (lo que debería llamarse 'concubinato'); que sirve para referirse a convivientes adulterinos, porque uno o ambos estuvieron antes unidos en matrimonio con otra persona; que puede referirse a la legítima situación de novios o 'pololos', y que incluso sirve para hablar de personas que, siendo de un mismo sexo, conviven maritalmente, lo que corresponde a situaciones de sodomía o lesbianismo. Los nombres que 'ablandan' la connotación moral negativa, van creando un relativismo colectivo

que, a su vez, va corroyendo imperceptiblemente la sensibilidad moral, hasta que se llega a aceptar como 'normal' y 'correcto' lo que no lo es.

El amor a la verdad se traduce en la virtud de la *sinceridad*, base de la confianza, que es condición imprescindible para la convivencia humana en todos sus niveles.

Un gran homenaje a la verdad es la capacidad de reconocer los propios errores, admitiendo que nos hemos equivocado o que hemos actuado mal y haciendo lo que esté a nuestro alcance para reparar el daño que nuestro error o nuestra maldad hayan podido ocasionar. Ese reconocimiento es particularmente importante cuando existe el peligro de que las consecuencias de nuestros errores puedan perjudicar a personas que ninguna responsabilidad tienen en lo ocurrido. Empecinarse en no reconocer los propios errores es una forma de soberbia y, por consiguiente, de falta de humildad cristiana.

Otro campo de tentaciones es el que se refiere al *odio* o la *violencia*. Pueden ser de orden *físico* o *moral* y pueden realizarse en forma externa, con palabras u obras, o en forma interna, en pensamientos o deseos. Las formas extremas de la violencia física son el *homicidio* y la *tortura*. Pero hay también formas de *violencia moral*, como son el *odio*, el deseo de *venganza*, el *rencor* y la *agresividad*. Todas esas formas tienen en común, en el fondo y como raíz, el rechazo del perdón. Vecina a estas actitudes no cristianas está la *envidia*, que consiste en sentir tristeza frente al bien o a los éxitos ajenos e incluso alegría ante la desgracia de otros.

Hay que tener presente que el *odio*, la *cólera*, el *rencor* y la *venganza*, así

El amor a la verdad tiene una expresión en las palabras de Jesús: «sea vuestro modo de hablar: 'sí, sí; no, no'; lo que se añada luego, proviene del Maligno» (Mt 5, 37). La sinceridad y la discreción son virtudes que expresan el aprecio de la verdad y que contribuyen poderosamente para crear un ambiente de confianza y de confiabilidad en las relaciones humanas. ¿Quién puede confiar en un embustero?

como las actitudes derivadas de ellos, tienen a veces raíces psicológicas en personas que poseen temperamentos agresivos, condicionados por experiencias autoritarias o por «resabios» de incomprensiones o de humillaciones sufridas a lo largo de su vida. Esos hechos pueden constituir una clave para descifrar ciertos comportamientos y comprenderlos, aunque no para excusarlos o considerarlos apropiados y coherentes con los valores cristianos. El *odio* está relacionado con la soberbia, ya que quien odia se considera superior y juez de quien es odiado y rechaza reconocer la propia pequeñez y deficiencias.

El *odio* es ferozmente *pasional* y es, por lo mismo, irracional. Rehúsa ver en el otro a un hermano y se niega a reconocer las propias culpas o responsabilidades. Tiene habitualmente una fortísima carga afectiva, que le impide tener una visión objetiva y verdadera de la realidad. No es infrecuente que el *odio* y sus derivados se mezclen con intereses menos limpios y que lo que se odia lo sea más porque contraviene nuestras mezquinas ventajas, que porque corresponda a una realidad moralmente inaceptable.

Esta larga lista, ciertamente no exhaustiva, de tentaciones, que pueden conducir a otros tantos pecados, no es sino un ejercicio para ser más conscientes de las variadas formas como el Maligno trabaja para destruir la obra salvadora de nuestro Señor Jesucristo y para impedir que la Verdad del Evangelio nos haga realmente libres y coherentes con nuestra vocación a ser realmente santos y a «vivir para Dios» (ver Rom 14, 8).

La tentación es el *principal* instrumento de la acción del Maligno contra los hijos de Dios: es bueno tenerlo presente y no ser ingenuos, como si nuestra vida fuera una autopista sin tropiezos ni obstáculos.

La verdad es un concepto muy cercano al de la santidad. En efecto, la santidad es lo que 'debemos ser', es la plena coherencia de nuestra vida, pensamientos y acciones, con el designio de Dios sobre nosotros, designio de amor y de felicidad: «por Él (Cristo), (el Padre) antes de la creación del mundo nos eligió para que, por el amor, fuéramos santos e irreprochables en su presencia» (Ef 1, 4).

IX. ¿Cómo defendernos y cómo superar las tentaciones?

Al comenzar este nuevo capítulo sobre las tentaciones, es oportuno citar las palabras de la Carta de San Pablo a los Efesios, en las que él describe la vida cristiana como una lucha sin cuartel contra el 'príncipe de este mundo':

«Por lo demás, *fortalézcanse* en el Señor y con su fuerza poderosa. Revístanse con la armadura de Dios para poder *resistir* los engaños del Diablo. Porque no estamos *luchando* contra seres de carne y hueso, sino contra las autoridades, contra las potestades, contra los soberanos de estas tinieblas, contra las fuerzas espirituales del mal. Por tanto, tomen las *armas* de Dios para poder resistir en el día funesto y permanecer firmes a pesar de todo. Cíñanse con el *cinturón* de la *verdad*, vístase la coraza de la *justicia*, calcen las sandalias del cielo para propagar el evangelio de la paz. Tengan siempre a mano el escudo de la *fe*, en el que se apagarán los dardos incendiarios del Maligno. Pónganse el casco de la salvación y empuñen la espada del Espíritu, que es la *Palabra de Dios*. Vivan *orando* y *suplicando*, oren en toda ocasión, animados por el Espíritu: permanezcan *despiertos* y oren con *perseverancia* por todos los consagrados» (Ef 6, 10-18).

Cuando San Pedro insta a los cristianos a resistir al demonio, lo hace recomendando que le resistamos «firmes en la fe» (1 Ped 5, 9), porque la fe es la adhesión, sin sombra de dudas, a la verdad que Dios nos revela por medio de su Palabra.

Es imposible leer este texto sin percibir inequívocamente que la vida cristiana es una lucha permanente y para la que es preciso estar preparados y provistos de las armas apropiadas.

Analícemos, siquiera someramente, algunos de esos elementos de prevención y de defensa.

Ante todo es preciso tener presente que el demonio es el ‘padre de la mentira’ y que todas las tentaciones que él insinúa tienen como base común la falsedad: un ofrecimiento con apariencias de bien y de felicidad,

debajo del cual se oculta el peor mal que puede acaecer al ser humano, como es el pecado y el consiguiente alejamiento de Dios, el sumo bien y la única verdadera felicidad. El primer antídoto para no ceder a la tentación es, pues, la *Verdad* que nos hace realmente libres y nos sustrae a la esclavitud de las apariencias, del pecado y, en definitiva, de Satanás. La Verdad es un nombre propio, Jesucristo, el Verbo eterno del Padre, es su Evangelio, es su santa Ley, son los valores evangélicos, completamente diversos de los que preconiza ‘el mundo’, que yace bajo el poder del Maligno (1 Jn 5, 19s).

¿Dónde está la Verdad? En primer lugar en la Palabra de Dios, en las Sagradas Escrituras, que el Apóstol compara con la ‘espada del Espíritu’. Pero las Sagradas Escrituras se leen en el surco de la Tradición, que también es expresión del Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad. Y

con respecto a ambas vela el Magisterio de la Iglesia, asistido también por el mismo Espíritu.

Es preciso *buscar* la verdad porque no siempre se la percibe claramente a primera vista: diversos factores inducen a confusión como, por ejemplo, la información unilateral o tendenciosa, la presión ejercida por quienes ejercen cargos de autoridad, las estadísticas que, siendo indicadores de lo que sucede, son transformadas en criterio para determinar lo que es o no correcto y moralmente aceptable.

En la búsqueda de la verdad ayudan las lecturas de obras orientadoras, así como las de biografías de personas que dieron un elevado testimonio de rectitud e incluso de heroicidad. Pero, así como hay lecturas que ayudan en la búsqueda de la verdad, hay otras que pueden desconcertar, confundir e incluso inducir a error.

En ocasiones la búsqueda de la verdad, del 'deber ser', se hace dificultosa por la cantidad de variables que presenta un problema. En esos casos es preciso un 'discernimiento', es decir, un análisis cuidadoso que permita tomar una opción correcta. Tal análisis puede tomar tiempo: decidir con precipitación puede conducir a error porque se omitió considerar algún elemento importante. En el proceso de discernimiento puede ser de mucha utilidad escuchar el parecer o consejo de personas prudentes, conocedoras de la materia de que se trata, desapasionadas e independientes, es decir, no condicionadas por intereses personales o por el deseo de agradar a quien solicita su opinión. El ejercicio del discernimiento supone, en ocasiones, un diálogo entre quien debe tomar una decisión y quien o quienes son escuchados: el diálogo permite valorar el peso de los argumentos y discernir mejor los elementos centrales del asunto. Es posible que la persona que participa en el diálogo de discernimiento, comience con una inclinación, más o menos definida, a favor de una solución, pero que, a través del intercambio de pareceres y valoraciones, llegue a convencerse de que la mejor y la más ajustada a la verdad, es una opción diferente de aquella que tuvo inicialmente: allí se aplica el antiguo aforismo de que 'es propio del sabio cambiar de parecer'. Sería señal de necedad empecinarse en una posición no

Otro medio de defensa contra la tentación, y por cierto indispensable, importantísimo y eficaz, es la oración. En el Padrenuestro Jesús nos enseña a pedir al Padre de los cielos «que no nos deje caer en la tentación» (Mt 6, 13). La oración solicita humildemente la gracia de Dios, es decir, su ayuda espiritual que robustece nuestra frágil voluntad para que pueda vencer el atractivo de la tentación.

obstante haber serios argumentos que aconsejan abandonarla.

El amor a la verdad tiene una expresión en las palabras de Jesús: «sea vuestro modo de hablar: 'sí, sí; no, no'; lo que se añada luego, proviene del Maligno» (Mt 5, 37). La *sinceridad* y la *discreción* son virtudes que expresan el aprecio de la verdad y que contribuyen poderosamente para crear un ambiente de confianza y de confiabilidad en las relaciones humanas. ¿Quién puede confiar en un embustero?

La verdad es un concepto muy cercano al de la *santidad*. En efecto, la santidad es lo que 'debemos ser', es la plena coherencia de nuestra vida, pensamientos y acciones, con el designio de Dios sobre nosotros, designio de amor y de felicidad: «por Él (Cristo), (el Padre) antes de la creación

del mundo nos eligió para que, por el amor, fuéramos santos e irreprochables en su presencia» (Ef 1, 4).

Cuando San Pedro insta a los cristianos a resistir al demonio, lo hace recomendando que le resistamos «firmes en la fe» (1 Ped 5, 9), porque la fe es la adhesión, sin sombra de dudas, a la verdad que Dios nos revela por medio de su Palabra.

Otro medio de defensa contra la tentación, y por cierto indispensable, importantísimo y eficaz, es la *oración*. En el Padrenuestro Jesús nos enseña a pedir al Padre de los cielos «que no nos deje caer en la tentación» (Mt 6, 13); otra traducción del original griego, podría ser «no nos pongas en tentación». En el momento angustioso de la oración del huerto, Jesús recomienda a los tres discípulos que lo acompañaban, Pedro, Santiago y Juan: «estén despiertos y oren para que no caigan en la tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil» (Mt 26, 41; Mc 14, 38; Lc 22, 40). *Velar, estar despierto, estar atento, estar vigilante*, son actitudes de quien sabe que está amenazado por un peligro. La despreocupación ante una amenaza es un peligro que agrava el de la amenaza misma y es otra forma que tiene el demonio para ir preparando su trampa a fin de lograr hacernos caer en el pecado. Toda oración cristiana tiene como objetivo que se cumpla la santa voluntad de Dios: Jesús nos enseña a orar diciendo: «hágase Tu voluntad en la tierra, como se cumple en el cielo» (Mt 6, 10); la Virgen María responde al ángel Gabriel diciéndole: «he aquí la sierva del Señor: que se cumpla en mí tu palabra» (Lc 1, 38); la actitud

A los anteriores medios para no sucumbir a la tentación hay que agregar la decisión de evitar las ocasiones de pecar. Hay ocasiones de pecar que no se pueden evitar y en tal caso es necesario orar con mayor intensidad para no verse arrastrado al pecado. Pero hay otras que pueden y deben ser evitadas: hacerlo es una obligación moral.

de Jesús para con su Padre se condensa en sus palabras: «no se cumpla mi voluntad, sino la Tuya» (Mt 26, 39). La oración solicita humildemente la gracia de Dios, es decir, su ayuda espiritual que robustece nuestra frágil voluntad para que pueda vencer el atractivo de la tentación.

A los anteriores medios para no sucumbir a la tentación hay que agregar la decisión de evitar las *ocasiones de pecar*. Se llaman así diversas circunstancias o situaciones que facilitan caer en tentación. Pueden ser personas, como por ejemplo malas amistades o quienes dan malos consejos. Pueden ser lugares dónde hay más facilidades para pecar. Pueden ser lecturas que promueven antivalores. Pueden ser espectáculos que despiertan las malas inclinaciones de nuestra naturaleza herida por el pecado original.

En este campo, hoy día, son particularmente perniciosos ciertos sitios de *Internet* que ofrecen pornografía corruptora a quien disponga de acceso a ellos. Hay ocasiones de pecar que no se pueden evitar y en tal caso es necesario orar con mayor intensidad para no verse arrastrado al pecado. Pero hay otras que pueden y deben ser evitadas: hacerlo es una obligación moral.

Queda todavía por enumerar la *ascesis* que consiste en imponerse algunos esfuerzos y privaciones voluntarios que de suyo no son obligatorios. Pero asumirlos es una especie de *entrenamiento espiritual* que robustece la voluntad a fin de que, llegado el momento de la tentación, esté en buenas condiciones, apoyada por la gracia de Dios, para resistir. Dice San Pablo que «quien se prepara para la lucha de todo se abstiene, y eso para lograr un premio corruptible; nosotros para alcanzar uno incorruptible. Y yo corro no como a la ventura y lucho no como quien azota el aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo mismo descalificado» (1 Cor 9, 25-27). Quien se da gusto en todo no está preparado para negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día y seguir a Jesús (ver Mt 16, 24; Lc 9, 23) por el camino estrecho que conduce a la verdadera vida (ver Mt 7, 13s). La *ascesis* se denomina también *mortificación*, o *sacrificios*: es algo que cuesta, pero es condición de vida cristiana e incluso de equilibrio humano. En la tradición litúrgica de la Iglesia ocupa un lugar importante el *agua bendita*. La bendice un sacerdote y en la fórmula de bendición hay una

Queda todavía por enumerar la ascesis que consiste en imponerse algunos esfuerzos y privaciones voluntarios que de suyo no son obligatorios. Pero asumirlos es una especie de entrenamiento espiritual que robustece la voluntad a fin de que, llegado el momento de la tentación, esté en buenas condiciones, apoyada por la gracia de Dios, para resistir.

expresa referencia a la protección contra las asechanzas del Maligno. Cuando se bendicen vasos sagrados, cálices y copones, u objetos de piedad como son las imágenes sagradas de Jesucristo, de la Virgen María, de Santos o Bienaventurados, se hace sobre ellos una aspersion con agua bendita, y lo mismo vale cuando se bendicen habitaciones o edificios destinados al culto de Dios. Hay testimonios de santos que aseveran que el demonio teme el agua bendita, con toda probabilidad porque este sacramental contiene un recuerdo del bautismo, sacramento que sustrae al hombre de la esclavitud de Satanás y lo consagra a la gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. En muchos monasterios el Superior hace una aspersion con agua bendita sobre los monjes, al terminar el oficio de Completas. Santa Teresa de Ávila tenía gran devoción por

el agua bendita y, cuando viajaba, solía llevarla en unas calabacitas para persignarse con ella. Es una excelente costumbre la de tener en los domicilios católicos unas pequeñas *pilitas* –como se las llama familiarmente– de agua bendita, especialmente en los dormitorios, para persignarse con ella.

Hay testimonios de santos que aseveran que el demonio teme el agua bendita, con toda probabilidad porque este sacramental contiene un recuerdo del bautismo, sacramento que sustrae al hombre de la esclavitud de Satanás y lo consagra a la gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aunque el sacramento de la Penitencia o Reconciliación no tiene por objeto, en forma directa, vencer las tentaciones, sin embargo puesto que su finalidad es el perdón de los pecados es conveniente que el penitente, al confesar sus faltas, indique al confesor si experimenta tentaciones y cuáles, así como las ocasiones que lo han inducido al pecado. Ocultar la mención de esas ocasiones dificulta

su oficio al confesor, ya que no puede dar los consejos oportunos para que, evitando las ocasiones, no se recaiga en el pecado.

Entre los objetos de devoción que suelen usar los fieles, hay uno, la así llamada «medalla-cruz» de San Benito, que tiene una especial relación con la defensa contra las asechanzas del demonio. La cruz tiene varias letras que son las iniciales de unas palabras en latín que contienen un exorcismo contra Satanás. En el palo vertical de la cruz las iniciales son: C.S.S.M.L., que significan «La Santa Cruz sea para mí la Luz». En el palo horizontal las letra iniciales son: N.D.S.M.D. y su significado es «No sea el Demonio quien me conduzca». Alrededor de la cruz se leen varias letras iniciales de palabras latinas, que son: V.R.S.N.S.M.V.S.M.Q.L.I.V.L. y cuya traducción es: «¡Retrocede Satanás!

Jamás me sugieras cosas vanas. Es maldad lo que me ofreces. ¡Bébeté tú mismo tu propio veneno!». La bendición de esta medalla-cruz está precedida de un exorcismo contra Satanás que dice así: «Te ordeno, espíritu del mal, en el nombre de Dios Padre omnipotente que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos se contiene, que abandones esta medalla. Que desaparezcan y se alejen de esta medalla toda la fuerza del Adversario, todo el poder del Diablo, todos los ataques y engaños de Satanás, a fin de que quienes la usen gocen de la salvación del alma y de la salud del cuerpo. En el nombre del Padre omnipotente, y de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y del Espíritu Santo Paráclito, y por el amor de Jesucristo, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego». Impresionan, tanto las palabras del exorcismo expresadas por las iniciales escritas en la medalla-cruz, como las del exorcismo que pronuncia el sacerdote en el rito de su bendición. Naturalmente esta medalla no está acuñada ni difundida para ser un objeto de superstición, como una especie de talismán o amuleto mágico que pudiera ser eficaz prescindiendo de las disposiciones morales de quien la usa. Todos los ritos de la Iglesia y todos los objetos de devoción que ella ofrece a los fieles suponen que se usen con fe en Dios y con el deseo sincero de cumplir su santa Voluntad. Usar un objeto de devoción como si fuera una garantía de protección divina infalible, aun cuando se viva en abierta contradicción con las normas de la vida cristiana, sería una falta de respeto al Señor e incluso un atrevimiento, como si Él estuviera obligado a proteger a quien deliberadamente lo ofende y quiere seguir ofendiéndolo.

Existe un fenómeno bastante siniestro, la posesión diabólica, que consiste en que el demonio, uno o varios, se apodera del cuerpo o de algunas de las facultades físicas de una persona, pero no de su libre voluntad, y hace que el poseso realice acciones o manifieste reacciones negativas e incluso violentas en relación con Dios, la Virgen María o los santos.

X. La posesión diabólica

Existe un fenómeno bastante siniestro, la *posesión diabólica*, que consiste en que el demonio, uno o varios, se apodera del cuerpo o de algunas de las facultades físicas de una persona, pero no de su libre voluntad, y hace que el poseso realice acciones o manifieste reacciones negativas

e incluso violentas en relación con Dios, la Virgen María o los santos. Puede suceder que la persona posesa esté en gracia de Dios, de modo que la posesión no es de por sí un indicio inequívoco de la eventual maldad moral del poseso. Tampoco hay que confundir el fenómeno de la posesión con el hecho de que una persona esté bajo la influencia demoníaca y la haya aceptado cometiendo pecados graves. En el caso de María Magdalena, sabemos que Jesús expulsó de ella siete demonios (Mc 16, 9), pero no hay antecedentes que permitan calificarla de «posesa».

Puede suceder que la persona posesa esté en gracia de Dios, de modo que la posesión no es de por sí un indicio inequívoco de la eventual maldad moral del poseso. Tampoco hay que confundir el fenómeno de la posesión con el hecho de que una persona esté bajo la influencia demoníaca y la haya aceptado cometiendo pecados graves.

El tema de la posesión diabólica es particularmente complejo porque sus expresiones pueden confundirse con patologías psicológicas. Por eso el *Ritual de los exorcismos* advierte a quien lo practica que «ante todo proceda con la necesaria y máxima circunspección y prudencia... y no crea fácilmente que está poseído por el demonio quien padece una enfermedad, especialmente psíquica. Tampoco crea, sin más, que existe posesión tan pronto como alguien asegure que de modo especial es tentado, afligido y hasta vejado por el diablo, pues su propia imaginación podría engañarle... El exorcista debe distinguir correctamente los casos de ataque del diablo de aquella falsa opinión con la que algunos, incluso fieles católicos, se consideran objeto de un maleficio, una mala suerte o una maldición que han echado otros sobre ellos, sobre sus allegados o sus propios bienes. No les niegue su ayuda espiritual, pero de ningún modo emplee el exorcismo: puede rezar algunas oraciones apropiadas con ellos y por ellos, de modo que encuentren la paz de Dios... Así, pues, el exorcista no proceda a celebrar el exorcismo hasta que no esté seguro, con certeza moral, de que quien va a ser exorcizado está realmente poseído por el demonio y, si es posible, cuente con su consentimiento» (*Ritual de los exorcismos*, nn. 14 – 16).

¿Cuáles son las señales que permiten discernir la posesión diabólica? Nuevamente acudimos a las indicaciones del Ritual: «Según la experiencia comprobada, los signos de la posesión del demonio son éstos: hablar en un lenguaje desconocido, con muchas palabras, o entender al que lo habla; descubrir acontecimientos distantes y secretos; demostrar unas fuerzas superiores a su naturaleza o edad. Estos signos pueden ser

un indicio, pero dado que ellos no deben ser necesariamente considerados como provenientes del diablo, conviene prestar también atención a otros, especialmente de orden moral o espiritual, que manifiestan de otro modo la posesión diabólica, como, por ejemplo, una aversión vehemente hacia Dios, al santísimo nombre de Jesús, a Santa María, la Virgen Madre de Dios y a los Santos, a la Iglesia, a la Palabra de Dios, a los objetos sagrados, a los ritos litúrgicos y sacramentales, y a las sagradas imágenes... El exorcista, luego de un diligente examen, juzgará prudentemente acerca de la necesidad de emplear el rito del exorcismo... tras haber consultado, si es posible, con expertos en asuntos espirituales y, en la medida en que sea necesario, a médicos y psiquiatras que tengan sensibilidad con respecto a las cosas del espíritu» (Ritual, nn. 16 y 17).

¿Quién es un exorcista? Es un sacerdote que ha recibido del Obispo diocesano del lugar, el encargo de celebrar el rito de los exorcismos. Tal celebración no la puede realizar un laico, ni un diácono, ni un sacerdote que no haya recibido la expresa autorización del Obispo diocesano, sea para un caso particular, sea como encargo permanente y estable para toda la diócesis. El Obispo debe considerar, por su parte, las cualidades del sacerdote a quien piensa encomendar ese oficio: debe ser piadoso, docto, prudente, de vida íntegra y especialmente preparado para este encargo (*Ritual de los exorcismos*, n. 13). No sería un candidato apropiado quien no posea una sólida formación teológica, quien sea de temperamento crédulo o quien tenga propensión a ver con facilidad hechos sobrenaturales o milagrosos.

La prudencia se comprueba viendo la capacidad de análisis, la ausencia de precipitación y el hábito de reflexión. Quien ha recibido el oficio de exorcizar, debe ejercerlo como ministro de Jesucristo y de la Iglesia, con caridad pastoral, con una fe llena de confianza en el poder de Dios y con profunda humildad, sabiendo que esta virtud es la más radicalmente opuesta a la soberbia satánica. Puesto que ejercita un ministerio eclesial, debe atenerse al rito aprobado por la autoridad de la Iglesia, celebrarlo con dignidad y sin apresuramiento.

La posesión diabólica no es un hecho muy frecuente: precisamente porque tiene expresiones muy desagradables, no es un recurso habitual del demonio, que prefiere pasar desapercibido y actuar de modo solapado, sin despertar resistencias e introduciéndose en forma casi imperceptible. Pero no puede descartarse que a veces la posesión exista realmente, aunque la forma predilecta de actuar del Maligno son las tentaciones y las nefastas influencias del entorno, del 'mundo' que sufre la esclavitud de Satanás.

La posesión diabólica no es un hecho muy frecuente: precisamente porque tiene expresiones muy desagradables, no es un recurso habitual del demonio, que prefiere pasar desapercibido y actuar de modo solapado, sin despertar resistencias e introduciéndose en forma casi imperceptible. Pero no puede descartarse que a veces la posesión exista realmente, aunque la forma predilecta de actuar del Maligno son las tentaciones y las nefastas influencias del entorno, del 'mundo', en el sentido peyorativo de la palabra, que sufre la esclavitud de Satanás. El *Ritual de los exorcismos*, en su reciente versión aprobada por el Venerable Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II, es muy semejante al anterior, si bien contiene algunos cambios de lenguaje y la posibilidad de usarlo

¿Podemos, entonces, vivir confiados, creyendo que el triunfo de Cristo basta por sí solo para ponernos al abrigo de las seducciones del 'padre de la mentira'? Sería una gran ingenuidad e imprudencia, porque - como dice San Agustín - «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti»: tenemos que tomar las armas de la luz y luchar con desnudo y perseverancia.

en latín o bien en el idioma propio de cada país. Algunas de sus fórmulas son dobles: una, en forma *deprecativa*, es decir, en forma de oración dirigida a Dios, a fin de que Él obligue al demonio a marcharse, y otra en forma *imperativa*, en la que el exorcista, en nombre de Dios, ordena y manda al demonio que se retire de la persona posesada. Ambas formulaciones son legítimas y en todo caso hay que tener presente que la forma *imperativa* no significa, ni puede significar, que el exorcista actúe por virtud y autoridad propias: si manda y 'presiona' al demonio, lo hace por la autoridad de Dios que le ha sido comunicada a través del Obispo diocesano, vicario de Cristo en la Iglesia particular confiada a su ministerio pastoral.

El rito tiene diversos momentos y comienza con la aspersion del agua bendita. Luego se recitan las letanías, implorando la misericordia de Dios por la intercesión de los santos. A continuación se recitan salmos. Enseguida se proclama el santo Evangelio. Después el exorcista impone las manos al posesado e invoca al Espíritu Santo para que el demonio salga de quien, por el bautismo, fue hecho templo de Dios, y puede soplar sobre el vejado, como símbolo de la acción del Espíritu Santo. Luego se recita el Credo, se renuevan las promesas bautismales y se pronuncia el Padrenuestro. A continuación el exorcista muestra al fiel que es vejado por el demonio, la cruz de Cristo, fuente de toda bendición y gracia y hace sobre él la señal de la cruz. Enseguida se pronuncian las fórmulas con las que se conjura al

demonio para que salga de quien ha sido vejado por él. Todas estas acciones se pueden repetir en el mismo acto o en otros momentos, hasta que el fiel sea efectivamente liberado. Finalmente el rito concluye con una acción de gracias, una oración y la bendición. El rito puede durar horas e incluso días.

Las fórmulas del Ritual son muy ricas e impresionantes. He aquí algunas de ellas:

Oh Dios, creador y defensor del género humano, vuelve tu mirada sobre este hijo tuyo (hija tuya) N. que creaste a tu imagen y que llamas a participar de tu gloria: el antiguo adversario lo (la) atormenta cruelmente, lo (la) oprime con despiadada violencia, lo (la) angustia con inhumano terror. Envía sobre él (ella) tu Espíritu Santo que lo (la) fortalezca en la lucha, que le enseñe a orar en la tribulación y lo (la) fortifique con su poderosa protección.

Escucha, Padre Santo, el gemido de tu Iglesia suplicante: no permitas que tu hijo (hija) sea poseído(a) por el padre de la mentira; ni que tu siervo(a) al (a la) que Cristo redimió con su sangre, sea sometido(a) a la servidumbre del diablo, ni que el templo de tu Espíritu sea ocupado por un espíritu inmundo.

Escucha, Dios misericordioso, los ruegos de Santa María Virgen, cuyo Hijo, muriendo en la cruz, aplastó la cabeza del antiguo enemigo y confió a todos los hombres como hijos a la Madre; brille en este(a) hijo(a) tuyo(a) la luz de tu verdad, que penetre en él (ella) el Espíritu de santidad y que habitándolo(a) lo (la) conduzca a la serenidad y a la inocencia.

Escucha, Señor, la súplica de San Miguel Arcángel y de todos los Ángeles que te sirven: Dios de poder, repele la fuerza del diablo; Dios de verdad y de perdón, aleja sus falaces asechanzas; Dios de la libertad y de la gracia, desata las ataduras del mal.

Escucha, oh Dios, que quieres la salvación del hombre, la oración de tus Apóstoles Pedro y Pablo y de todos los Santos que por tu gracia salieron vencedores del Maligno, libra a este(a) hijo(a) tuyo(a) de todo poder extraño y guárdalo(a) incólume, para que, restablecido(a) en una serena piedad, te ame de todo corazón y te sirva con sus obras, te glorifique con alabanzas y te engrandezca con la vida. Por Jesucristo nuestro Señor.

Y, luego, la fórmula imperativa:

Te conjuro, Satanás, enemigo de la salvación humana: reconoce la justicia y la bondad de Dios Padre que condenó tu soberbia y envidia con un juicio justo; apártate de N. siervo(a) de Dios, que el Señor creó a su imagen, adornó con sus dones y adoptó como hijo(a) de su misericordia.

Te conjuro, Satanás, príncipe de este mundo: reconoce el poder y la fuerza de Jesucristo que te venció en el desierto, te derrotó en el huerto, te desarmó en la cruz y, resucitando del sepulcro, se llevó a tus prisioneros al reino de la luz; apártate de esta criatura N. a quien, con su nacimiento convirtió en hermano(a) y, muriendo, lo(a) adquirió para sí con su sangre.

Te conjuro, Satanás, embaucador del género humano: reconoce al Espíritu de la verdad y de la gracia, que aleja tus asechanzas y desenmascara tus mentiras; sal de N., criatura de Dios, a quien él mismo marcó con su sello divino: apártate de este hombre (esta mujer), a quien Dios, por la unción espiritual, convirtió en templo sagrado.

Así pues, apártate, Satanás, en el nombre del Padre +, y del Hijo +, y del Espíritu + Santo; apártate en virtud de la fe y de la oración de la Iglesia; apártate por esta señal de la santa + Cruz de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

La celebración del exorcismo es un acto litúrgico y debe realizarse con el espíritu de reverencia que es propio de todo lo que atañe al culto de Dios. Si hay otras personas presentes, además del exorcista, deben participar en espíritu de oración y no de curiosidad o con afán de tener alguna experiencia que relatar posteriormente a otras personas.

XI. Otras formas de la acción de Satanás

Hay casos en que el demonio puede influir en seres animados no humanos o en determinados lugares. Lo que el demonio pretende a través de estas acciones es alejar a los hombres de Dios, mostrándolo como quien perjudica nuestros intereses, sobre todo materiales. También aquí la estrategia es la confusión y el engaño, trastocando la valoración acerca de lo que verdaderamente es lo más importante.

Se narra en los Evangelios un episodio que confirma lo anteriormente dicho. Jesús liberó del demonio, en la región de Gerasa, a dos endemoniados que daban demostraciones de agresividad y de fuerzas muy por encima de lo normal. Los demonios, que eran muchos y por eso dijeron que su nombre era 'Legión', pidieron a Jesús que les permitiera entrar en una pira de puercos que hozaban al lado de un acantilado. Jesús se lo permitió: los demonios se apoderaron de los cerdos y la pira se precipitó en el lago, cayendo desde el acantilado, y allí se ahogaron. Entretanto la gente del vecindario acudió al lugar y pudieron ver a

los hombres que habían estado poseídos de los demonios, sentados y tranquilos al lado de Jesús. Pero la noticia de la muerte de los cerdos los impresionó más que la liberación de los endemoniados y por eso, aferrados a sus intereses materiales más que al bienestar espiritual de los que habían sido posesos, le pidieron a Jesús que se fuera de la región: para ellos eran más importantes los cerdos que el Señor (ver Mt 8, 28-34; Mc 5, 1-20; Lc 8, 26-39). Un gran triunfo de Satanás sin necesidad de recurrir a la posesión diabólica, valiéndose del engaño y trastocando los valores.

El *Ritual de los exorcismos* contiene súplicas y exorcismos para los casos en que «la presencia del diablo y de otros demonios no sólo aparece y existe en la tentación o posesión de personas, sino también en los lugares y objetos en los que de alguna manera puede penetrar por su acción y en las varias formas de oposición y persecución contra la Iglesia» (Apéndice, n 1). En tales casos el Obispo diocesano puede convocar asambleas o reuniones de fieles, presididas por un sacerdote, en las que se pueden usar las preces y exorcismos contenidos en el mismo Apéndice del *Ritual*. El sacerdote que preside y dirige estas oraciones no lo hace precisamente en calidad de 'exorcista', sino en virtud de su oficio sacerdotal.

Durante muchos años, se rezaba, al concluir la celebración de la Santa Misa en el rito romano, una invocación al Arcángel San Miguel, celestial patrono contra las asechanzas del demonio. He aquí su texto:

*Arcángel San Miguel, defiéndenos en el combate;
sé nuestro amparo contra la maldad y las asechanzas del demonio.
Pedimos suplicantes que Dios lo sojuzgue bajo su imperio;
y tú, Príncipe de la milicia celestial,
arroja con el divino poder al infierno
a Satanás y a los demás espíritus malignos,
que recorren el mundo tratando de perder las almas. Amén*

No se puede terminar esta sección sin hacer mención de una realidad actual y que merece preocupación: la existencia de las así llamadas *sectas satánicas*. Son grupos de personas que en una u otra forma pretenden rendir culto al demonio. Sus rituales son variados, pero incluyen blasfemias, profanación de imágenes sagradas e incluso de la Santísima Eucaristía. Algunos miembros de estas sectas se esfuerzan por obtener hostias consagradas con el propósito de servirse de ellas en sus ritos, generalmente profanándolas en formas incluso obscenas. A

veces lo logran fingiendo que van a comulgar y llevándose el Santísimo Sacramento que han recibido en la mano, para cometer enseguida el horrible pecado de *sacrilegio*. La Iglesia castiga este abominable crimen con la severísima pena de *excomuni3n*, de la que s3lo puede absolver el Papa. Difícilmente pueden explicarse estas conductas aberrantes si no es atribuyéndolas al odio contra Dios que anima a los espíritus inmundos y que llega hasta la pretensi3n de exigir adoraci3n y de ofender en la peor forma posible al Único que tiene el derecho de ser adorado. ¿C3mo no recordar la audacia de Satanás cuando, mostrando a Jes3s las grandezas del mundo, le dice: «¡Todo esto te lo dar3 si, poniéndote de rodillas, me adoras!? (Mt 4, 9; Lc 4, 6s).

XII. Conclusión

¿Nos olvidaremos de que existe un Enemigo que trabaja con inteligencia y perseverancia para inducirnos a pecar e impedir nuestra salvación? Sería una despreocupación irresponsable y peligrosa.

¿Caeremos en la astuta trampa del demonio, dejándonos arrastrar a creer que no existe?

Sería para él un triunfo, pues le estaríamos pavimentando el camino para que siga actuando con la complicidad de nuestra necedad. Además, estaríamos negando una verdad, la de la existencia del demonio, que pertenece a la fe católica.

¿Viviremos aterrorizados ante la presencia y la acción del Maligno? Decididamente no, porque el poder de Satanás ha sido vencido por Cristo en la Cruz, y su gracia es poderosa para hacer de nosotros hombres nuevos en justicia y santidad verdaderas.

¿Podemos, entonces, vivir confiados, creyendo que el triunfo de Cristo basta por sí solo para ponernos al abrigo de las seducciones del 'padre de la mentira'?

Sería una gran ingenuidad e imprudencia, porque –como dice San Agustín– «Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti»: tenemos que tomar las armas de la luz y luchar con denuedo y perseverancia.

¿Cuáles son las armas para vencer al Adversario?

La fe;

La lectura de las Sagradas Escrituras, para acomodar nuestro pensamiento y nuestros juicios a los de Dios, y actuar en consecuencia;

El amor a la verdad;

El odio a la mentira;

La humildad, para no presumir de nuestras fuerzas;

La oración perseverante para descubrir la Voluntad de Dios, adherir firmemente a ella y así no caer en tentación;

La ascesis, para mantenernos 'entrenados' para la lucha;

El examen de conciencia, para descubrir nuestras flaquezas y debilidades;

La prudencia, para pedir ayuda y escuchar consejos, y no engañarnos a nosotros mismos;

Alejarnos de las personas y circunstancias que pueden inducirnos a pecar;

Acudir al Sacramento de la Penitencia para recibir el perdón de Dios y su gracia para poder perseverar en su santo servicio;

Participar en la Eucaristía, a fin de que el Señor Jesús, por su gracia, nos vaya transformando en Él, de modo que vivamos para Dios;

Decir pausadamente el Padrenuestro, pensando en lo que significa cada una de sus peticiones, para hacer de ellas nuestras más profundas aspiraciones y deseos y nuestro programa de vida;

Acudir con confianza filial a la Virgen María, para que nos enseñe y ayude a decir siempre, como Ella: «que se cumpla siempre en mí –Señor– tu Palabra».

CUADERNOS HUMANITAS

- Cuaderno N° 1* DISPUTATIO FAMILIA Y DIVORCIO: EL DERECHO POSITIVO INTERROGA A LA LEY NATURAL
- Cuaderno N° 2* FECUNDACIÓN ASISTIDA. EL HIJO: ¿UN PROYECTO A CONSTRUIR O UN DON PARA ACOGER?
- Cuaderno N° 3* HACIA UNA AUTÉNTICA EDUCACIÓN SEXUAL
Cardenal Alfonso López Trujillo
- Cuaderno N° 4* EL FEMINISMO, ¿DESTRUYE LA FAMILIA?
Jutta Burggraf
- Cuaderno N° 5* ESPIRITUALIDAD CONYUGAL EN EL CONTEXTO CULTURAL CONTEMPORÁNEO
Angelo Scola
- Cuaderno N° 6* ¿LIBERALIZACIÓN DE LA DROGA?
Documento del Consejo Pontificio para la Familia
Separata Humanitas 8
- Cuaderno N° 7* CONSIDERACIONES HISTÓRICAS Y JURÍDICAS EN TORNO A LA LEY DE CULTO
Luis Eugenio Silva Cuevas / Jorge Precht Pizarro / José Luis Cea Egaña
- Cuaderno N° 8* EL ESPÍRITU SANTO SEGÚN EL SCHEMA, PRESENTADO POR
LOS OBISPOS CHILENOS AL CONCILIO VATICANO II
Anneliese Meis
- Cuaderno N° 9* IMPACTO SOCIAL DE LA MANIPULACIÓN GENÉTICA
Ponencias del Seminario realizado el 6 de agosto de 1997
- Cuaderno N° 10* LA VERDAD SOBRE EL HOMBRE
Monseñor Antonio Moreno Casamitjana
- Cuaderno N° 11* FECUNDACIÓN ASISTIDA. JORNADA DE ESTUDIO Y REFLEXIÓN
Jornada convocada por el Arzobispo de Santiago, Mons. Francisco Javier Errázuriz
- Cuaderno N° 12* NATURAL - NO NATURAL ¿SON NOCIONES SIGNIFICATIVAS PARA LA MORAL?
Prof. Dr. Robert Spaemann
- Cuaderno N° 13* VERDAD Y LIBERTAD
Joseph Cardenal Ratzinger
- Cuaderno N° 14* COMENTARIOS A FIDES ET RATIO
Cinco estudios sobre la encíclica de S.S. Juan Pablo II acerca de las relaciones entre fe y razón
- Cuaderno N° 15* PROYECTO GENOMA HUMANO
Presente y perspectivas futuras
- Cuaderno N° 16* EN EL JUBILEO DE LOS DOCENTES UNIVERSITARIOS
- Cuaderno N° 17* DISCURSO CON OCASIÓN DEL OTORGAMIENTO DEL GRADO DE
DOCTOR SCIENTIAE ET HONORIS CAUSA AL DR. JUAN DE DIOS VIAL CORREA
- Cuaderno N° 18* FE, RAZÓN, Y UNIVERSIDAD EN EL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI
Juan de Dios Vial Larraín/Enrique Barros B/ Pedro Morandé C.
- Cuaderno N° 19* A CUARENTA AÑOS DE LA ENCÍCLICA HUMANAÉ VITAE
- Cuaderno N° 20* A 20 AÑOS DE LA VISITA DEL CARDENAL RATZINGER A CHILE
- Cuaderno N° 21* XXV ANIVERSARIO TRATADO DE PAZ Y AMISTAD ENTRE CHILE Y ARGENTINA

«**E**ncontramos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, y después, a su vez, ocasión y efecto de una intervención en nosotros y en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. Sale del cuadro de la enseñanza bíblica y eclesiástica el que se niega a reconocerla como existente, o el que hace de ella un principio subsistente, que no tiene, como toda criatura, su origen en Dios, o incluso la explica como una pseudorrealidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas ignoradas de nuestras desgracias».

PABLO VI

(15 de noviembre de 1972)

HUMANITAS
*quince años sirviendo
al encuentro de la fe y la cultura*

HUMANITAS

Pontificia Universidad Católica de Chile, Av. Libertador Bernardo O'Higgins 390, 3^{er} piso, Santiago, Chile.

Teléfono (562) 354 6519, Fax (562) 354 3755, E-mail: humanitas@uc.cl

Suscripción anual, \$26.000; estudiantes, \$16.000. Valor por ejemplar, \$7.000.

www.humanitas.cl